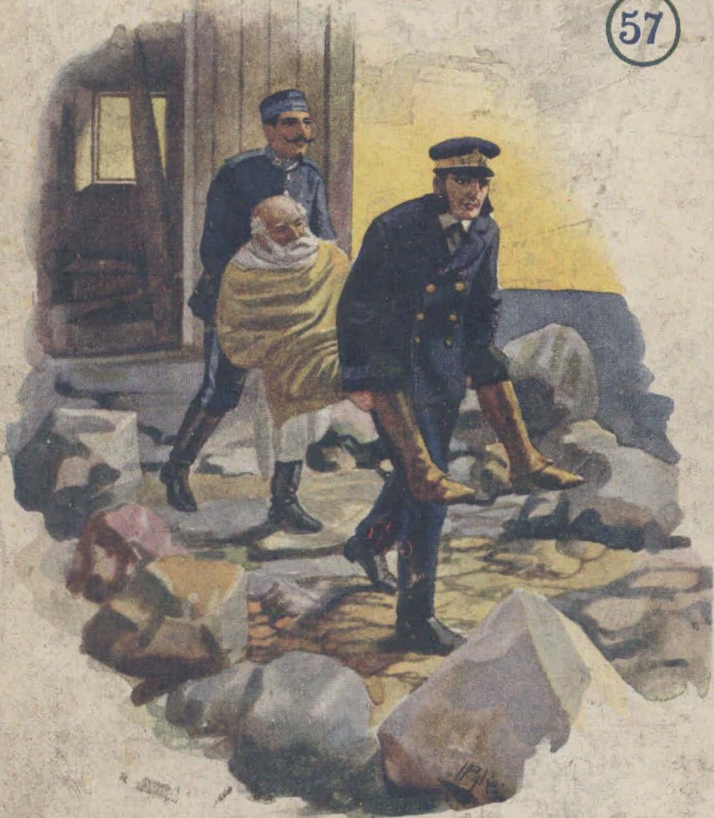


BIBLIOTECA SELECTA
JULIO VERNE
HECTOR SERVADAC

PRIMERA PARTE

57



Ramon Jofresa Editor

Provenza 93-97 Barcelona

11 C-1 his
93

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA



00009043

LONA

ANJUAN

Canónigo

Barcelona, 19 de Enero de 1927

Imprímase,

JOSÉ. Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.
Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena,
Canciller-Secretario.

BIBLIOTECA SELECTA

JULIO VERNE

HECTOR SERVADAC

PRIMERA PARTE

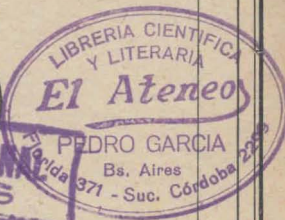
EL CATACLISMO

VERSIÓN CASTELLANA DE
F. CABAÑAS VENTURA

29.161



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

18.83

HÉCTOR SERVADAC

PRIMERA PARTE

EL CATACLISMO

I

El capitán de Estado Mayor francés Héctor Servadac encontrábase en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero de 18... en la cabaña que le servía de alojamiento, en la costa de Mostaganem, en Argelia, y, sentado ante una mesa, dedicábase a escribir versos, mientras su asistente, tendido en un rincón, trataba de conciliar el sueño, cuando de pronto fueron ambos precipitados boca abajo con espantosa violencia.

En aquel momento mismo el horizonte se había modificado tan rápida y extrañamente, que al marino más experto le habría sido imposible encontrar la línea circular en que el cielo y el agua debían confundirse.

Las olas del mar subían a una altura muy superior a la que los sabios habían admitido hasta entonces;

y, entre los estallidos del suelo que se desgarraba, percibíase un estruendo tan espantoso como si la armazón del globo terrestre sufriera una violenta dislocación o todas las aguas del universo, precipitándose en un abismo insondable, se entrechocaran a una profundidad anormal.

A través del espacio brillaba un resplandor tan intenso que, invadiendo el firmamento, eclipsaba la luz de las estrellas de todas las magnitudes; la cuenca del Mediterráneo, que, durante un instante, pareció que se había vaciado, volvía a llenarse de un agua extraordinariamente embravecida; el disco de la Luna, como si sólo distara diez mil leguas de la Tierra, en vez de distar noventa y seis mil, aumentaba de un modo casi inconcebible, y en el firmamento aparecía un nuevo esferoide, flamígero, enorme y completamente desconocido, que rápidamente desaparecía detrás de densas capas de nubes.

Este extraño cataclismo que de manera tan profunda había trastornado la tierra, el cielo, el mar y todo el espacio, ¿a qué fenómeno fué debido? ¿Quedaban en el globo terráqueo habitantes que pudieran explicarlo?

Sin embargo, en la parte del litoral argelino, limitado al Oeste por la orilla derecha del Cheliff, y al Norte por el Mediterráneo, todo parecía conservar su habitual aspecto.

La conmoción, que sólo duró breves instantes, había sido violentísima; pero en aquella fértil llanura, ni en la línea caprichosa de las rocas de la playa, ni en el mar, que se agitaba de un modo extraordinario, había cosa alguna que revelase en el aspecto físico la más ligera alteración. Sólo la cabaña del capitán Servadac había caído derrumbada cubriendo a los moradores la paja de que estaba construido el techo.

Hacía quince días que el capitán Héctor Servadac, cuya residencia habitual era la ciudad de Mostaganem, cabeza de distrito, en la provincia de Orán, habitaba

aquella cabaña a ocho kilómetros del río Cheliff, en compañía de su ordenanza Lorenzo, un parisiense apodado Ben-Zuf, que idolatraba a su amo, y de quien había hecho el propósito de no separarse jamás, sin duda porque éste le había salvado la vida peleando a su lado en el Japón.

Encargado Servadac de levantar un plano topográfico, había visto obligado a alejarse de la ciudad y a instalarse en aquella cabaña, donde, en sus ratos de ocio, distraía se escribiendo versos dedicados a una dama de Mostaganem, de quien estaba enamorado.

El capitán de Estado Mayor ignoraba si la dama correspondía a su pasión amorosa, porque ni se lo había preguntado aún, ni los versos que le escribía se los había enviado jamás; pero, esto no obstante, trataba de impedir que ningún otro caballero sostuviera relaciones con ella.

Desgraciadamente, el conde Basilio Timascheff, noble ruso, muy rico, ayudante de campo del zar, y propietario de la goleta *Dobryna*, anclada en aquella costa, había visto en Mostaganem a la dama de quien estaba enamorado Servadac, y pretendía también ser su esposo.

Enterado de esta pretensión, el capitán francés había desafiado al conde ruso, con quien debía batirse al día siguiente, y así lo habría hecho seguramente si circunstancias completamente ajenas a su voluntad no lo hubieran impedido.

Por esto, no puede sorprender que, cuando, dos horas después del cataclismo que derrumbó su cabaña, recobró el conocimiento, las primeras palabras que pronunció fueran dedicadas a la dama que tan preocupado lo tenía.

Después levantó el brazo, separó las pajas que lo cubrían y, sacando la cabeza, miró en torno suyo.

—¡Diablo! — exclamó—. ¡Se ha hundido la cabaña! Seguramente ha pasado por el litoral una tromba.

En aquel momento salió de entre la paja otra cabeza. Era Ben-Zuf.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó el capitán.

—No lo sé — respondió el asistente—; pero me parece que vamos a hacer nuestra última etapa.

—¡Bah! No ha sido más que una simple tromba.



...separó las pajas que lo cubrían y, sacando la cabeza, miró en torno suyo. (Pág. 7.)

—¡Dichosa tromba! — replicó Ben-Zuf—. ¿No se le ha roto ningún hueso, mi capitán?

—Ninguno. ¿Y a ti?

—A mí tampoco.

—Entonces, resignémonos.

Acto seguido pusieron en pie el oficial y el asistente, y procedieron a limpiar de escombros el lugar en que había estado la cabaña, bajo los cuales encontraron todos sus instrumentos casi intactos.

Héctor Servadac miró su reloj y dijo :

—¡ Son las dos !

—¡ Las dos ! — repuso Ben-Zuf—. Deben ser las ocho por lo menos, y es preciso ponernos en marcha para asistir a la cita.

—¿ De qué cita hablas ?

—¿ Acaso ha olvidado mi capitán que debe batirse hoy con el señor conde Timascheff ?

—Efectivamente, Ben Zuf, lo había olvidado ; pero es temprano porque no son más que las dos.

—¿ Las dos de la mañana o las dos de la tarde ? — preguntó el asistente mirando al Sol, que estaba muy alto sobre el horizonte.

Héctor Servadac acercóse el reloj al oído y dijo :

—Está en marcha.

—Y el Sol también — repuso el asistente.

—Efectivamente, a juzgar por su altura... ¡ Ah !
¡ Santo Cristo !

—¿ Qué sucede, mi capitán ?

—¿ Serán las ocho de la tarde ? El Sol está al Oeste y sin duda alguna se va a poner.

—No, mi capitán. Se ha levantado como un recluta, al toque de diana, y desde que estamos hablando ha subido mucho sobre el horizonte.

—¿ Pero es que el Sol aparece ahora por Occidente ? Es imposible.

Sin embargo, por muy extraordinario e imposible que pareciera al capitán Servadac, el hecho era evidente. El Sol aparecía sobre las aguas del río Cheliff y recorría el horizonte occidental, sobre el cual había trazado ya, en aquel momento, la mitad de su arco diurno.

El capitán perdíase en conjeturas. Lo imposible habíase convertido en verdadero. Un fenómeno absolutamente inexplicable había modificado el movimiento de rotación de la Tierra sobre su eje.

—Veremos cómo explican los periódicos este fenómeno inaudito — díjose a sí mismo, y, sin meterse en

más averiguaciones, dió a Ben-Zuf orden de marchar.

Deseaba llegar el primero al lugar en que debía batirse con el conde ruso Basilio Timascheff.

El oficial y el asistente partieron pocos minutos después.

II

En silencio y marchando con gran rapidez, seguían el oficial y el ordenanza el sendero escabroso de las rocas con dirección al lugar de la cita que sólo distaba cinco kilómetros de la derruida cabaña; pero tan absorbidos iban en sus propios pensamientos que no advirtieron que experimentaban mayor fatiga que de ordinario y que se veían obligados a respirar con más frecuencia, como si el aire ambiente estuviera menos cargado de oxígeno, lo mismo que sucede a los que suben a las cimas de las altas montañas. Además, su voz era más débil.

El Tiempo, que el día antes era espléndido y hermoso, había sufrido una gran transformación. El cielo, de un color singular, habíase cubierto de nubes muy bajas que impedían reconocer el arco luminoso que el Sol trazaba de uno a otro horizonte; pero aquellos vapores no llegaron a resolverse en agua, a causa, sin duda, de su incompleta condensación.

El mar parecía completamente desierto. Sobre el fondo gris del cielo y del agua no se veía ni la vela ni el humo de la chimenea de un solo barco; y, como si la convexidad del globo fuese más marcada, el horizonte del mar y el de la llanura a la otra parte del litoral se había acortado muchísimo.

Aunque nada dijeron, Servadac y Ben-Zuf comprendían que, desde el cataclismo que los había sepultado bajo las pajas de la cabaña, se encontraban, fisio-



lógicamente, organizados de otra manera, porque estaban dotados de una ligereza extraordinaria, como si sus cuerpos hubiesen disminuído notablemente de peso.

De pronto, oyeron los caminantes, a la izquierda del sendero, una especie de ladrido desagradable, y casi al mismo tiempo salió de una espesura de lentiscos un chacal, que fué a recostarse al pie de una alta roca de diez metros de altura.

Ben-Zuf apuntó con su escopeta al animal, y éste al verse amenazado, se lanzó de un salto a la cúspide de la roca.

—¡Excelente saltador! — exclamó el capitán—. No he visto en mi vida cosa semejante. De abajo arriba se ha levantado más de treinta pies.

Entonces Ben-Zuf tomó una piedra para arrojarla al chacal; pero, como advirtiera que a pesar de su gran volumen no pesaba más que lo que habría pesado una esponja petrificada, dijo dirigiéndose a la bestia:

—Este proyectil no te hará más daño que te haría un bizcocho... Pero, ¿cómo, siendo tan gruesa, pesa tan poco esta piedra?

Sin embargo, la arrojó vigorosamente, pero no dió en el blanco, y el chacal, saltando por encima de los arbustos y de los árboles, desapareció con inverosímil rapidez.

La piedra, después de describir una trayectoria muy extensa, había ido a caer a quinientos pasos más allá de la roca.

—No sabía yo — exclamó Ben-Zuf, admirado—que era capaz de arrojar una piedra a tan enorme distancia.

Encontrábanse en aquel momento el capitán y su ordenanza cerca de un foso lleno de agua, de diez pies de anchura, y para atravesarlo, Ben-Zuf tomó carrera y saltó.

—¿Qué te sucede? ¡Vas a descoyuntarte! — exclamó inmediatamente Servadac, alarmado, al ver que su asistente habíase elevado cuarenta pies sobre el suelo.

Y, acto seguido, pensando que Ben-Zuf podía romperse la cabeza al caer al suelo, saltó también para atravesar el foso; pero, al hacerlo, subió la línea de su asistente que bajaba, y cayó luego con celeridad creciente, sin ocasionarse el más ligero daño.

—Somos los mejores saltarines del mundo — dijo Ben-Zuf, riendo a carcajadas.

—Pellízcame, despiértame — repuso el capitán Servadac, poniendo una mano sobre un hombro de su asistente—. ¡Esto es capaz de hacer perder el juicio a cualquiera!

Pero, como ni Servadac ni Ben-Zuf eran capaces de detenerse a reflexionar mucho tiempo acerca de lo que para ellos era absolutamente incomprensible, decidieron proseguir la marcha sin admirarse ya de lo que vieran o sucediese.

Más allá del foso que acababan de salvar, extendía-

se un ameno prado, en medio del cual había una especie de plazoleta rodeada de árboles frutales.

Aquél era, precisamente, el sitio en que el capitán de Estado Mayor, Héctor Servadac, debía batirse con el conde ruso Basilio Timascheff; pero ni éste ni los padrinos de ninguno de los adversarios se encontraban allí.

—Hemos llegado los primeros — dijo Servadac.

—Al contrario, mi capitán — repuso Ben-Zuf—, hemos llegado los últimos.

—Es imposible, porque todavía no son las nueve — replicó Servadac consultando su reloj, que antes de salir de la cabaña había arreglado por el Sol.

—Mi capitán, ¿ve usted, al través de las nubes, ese disco blanquecino? Pues no puede ser más que el Sol y señala el nuevo día. Hoy debía tener mucha prisa y seguramente va a ponerse antes de tres horas.

—¡El Sol en el cenit, en el mes de enero y a los 39 grados de latitud Norte! — exclamó Servadac—. ¿Qué cataclismo ha trastornado la máquina del universo?

—Sólo Dios lo sabe — repuso el ordenanza sentenciosamente.

—Si no estamos locos, y no creo que tú ni yo lo estemos, las leyes de la gravedad se han modificado, se han cambiado los puntos cardinales, y la duración del día se ha reducido a la mitad. ¿Qué ha ocurrido?

—Sólo Dios lo sabe — volvió a responder el ordenanza, que era un fervoroso creyente.

—Tienes razón, Ben-Zuf, sólo Dios lo sabe, porque Dios, que sacó los mundos de la nada, es el único que puede trastornar la admirable armonía del universo. Los cielos y la tierra proclaman su grandeza y su infinito poder.

—Amén — contestó el asistente, santiguándose devotamente.

El oficial, creyendo que el conde Timascheff acu-

diese por mar al sitio de la cita, se acercó a las rocas que dominaban el litoral y miró si la goleta de que era propietario el noble ruso estaba o no a la vista, pero sus ojos no distinguieron objeto alguno sobre las aguas.

Aunque no se movía una sola ráfaga de viento, el mar se encontraba extraordinariamente agitado.

Mientras tanto, Ben-Zuf, que había trepado a la cima de un eucalipto para examinar el continente, extrañábase de ver la llanura completamente desierta.

Al descender del árbol y notificar a Servadac el resultado de su investigación, éste, que iba de sorpresa en sorpresa, exclamó pensativo :

—¡Qué raro es todo esto!—Y, luego, como si adoptara de pronto una resolución, agregó imperativamente— : Vamos hacia Cheliff.

Corriendo como liebres y saltando como gamuzas, el oficial y el asistente salvaron, en un plazo casi increíble por lo corto, la distancia que separaba del río el prado en que debía haberse celebrado el duelo con el conde ruso ; pero, cuando llegaron a orillas del Cheliff, se vieron obligados a detenerse.

—¿Dónde está el puente? — preguntó Servadac—. ¿Es que ha habido una inundación?

—No — contestó Ben-Zuf—. Lo que ocurre es que el río ha desaparecido.

Y así era en efecto. La orilla derecha del Cheliff que el día anterior dibujábase al través de la llanura, se había convertido en litoral, y aguas tumultuosas y bramadoras reemplazaban hacia el Oeste el curso pacífico del río. Allí terminaba la comarca cuyo desarrollo formaba antes el territorio de Mostaganem.

Servadac, para cerciorarse, se inclinó, tomó agua con la mano y la llevó a la boca. Estaba salada.

—El mar — dijo — se ha tragado toda la parte occidental de Argelia.

—En ese caso — replicó Ben-Zuf — esta inundación va a durar mucho tiempo.

—¡Este cataclismo ha cambiado por completo el mundo! ¿Qué suerte habrán corrido mis amigos y compañeros?

En aquel momento, el Sol, que acababa de llegar al horizonte del Este, cayó bruscamente en el mar, y cielo y tierra quedaron instantáneamente envueltos en una obscuridad profunda. Aquella tarde no hubo crepúsculo y probablemente tampoco habría aurora a la siguiente mañana.

—¿Qué hacemos ahora, mi capitán? — preguntó Ben-Zuf, al verse de pronto envuelto en sombras.

—Dormir — respondió Servadac—, y mañana, si hay mañana, reconoceremos la costa al Occidente y al Sur para saber dónde estamos y averiguar, si es posible, qué es lo que ha pasado aquí.

Ben-Zuf penetró en una cavidad de las rocas, púsose los puños en los ojos, y quedó profundamente dormido.

Servadac empezó a pasear por la orilla del nuevo mar, preguntándose por qué el día duraba seis horas en vez de doce, por qué no había crepúsculo, por qué habían variado completamente los puntos cardinales y por qué el Sol aparecía por Occidente y desaparecía por Oriente.

III

Apenas hacía hora y media que el capitán Héctor Servadac había empezado su paseo cuando quedó sumamente sorprendido al ver aparecer por encima del horizonte un gran resplandor, cuyos rayos traspasaban las densas nubes que se cernían en el espacio y esparcían una semi-claridad por toda la campiña.

—¡La Luna! — exclamó el capitán—. No ; no pue-

de ser la Luna, porque, a no ser que se hubiera acercado muchísimo a la Tierra, no produciría tanta luz, ni tampoco aparecería por el Oeste. Pero tampoco puede ser el Sol, porque no hace todavía cien minutos que ha desaparecido por el Este.

El disco de gigantescas dimensiones, cuyos rayos iluminaban la parte superior de las nubes, se alejó una hora después llevándose consigo la semiclaridad que impregnaba suavemente la atmósfera.

Los campos desolados de aquella parte del litoral argelino volvieron a quedar sumidos en impenetrables sombras, hasta que el astro del día hizo repentinamente su aparición por el Oeste. La noche había durado seis horas escasas.

—¡ Ben-Zuf ! ¡ Ben-Zuf ! — dijo el capitán, cuando fué de día, para despertar a su asistente—. Levántate, y en marcha.

—¡ Uf !—refunfuñó Ben-Zuf, frotándose los ojos—. Me parece que no he dormido todo lo necesario.

—Has dormido, sin embargo, toda la noche.

—Así debe ser, mi capitán, puesto que usted lo dice ; pero tengo más sueño que otras mañanas.

—En marcha — repitió Servadac—, pues no podemos perder tiempo. Volvamos por el camino más corto a la cabaña, para ver qué ha sucedido a nuestros caballos.

Algunos minutos después el oficial y el ordenanza volvieron a recorrer, aunque en dirección contraria, el sendero abierto por entre las rocas, y tuvieron la suerte de ver, cuando llegaron a su derruida vivienda, que sus caballos permanecían en la misma situación en que los habían dejado. Indudablemente, nadie había pasado por allí durante su ausencia. La parte oriental del territorio estaba tan desierta como la occidental.

Ben-Zuf dió pienso a las caballos, llenó su morral de galletas y cajas de conserva de carne, y, después de que hubo transcurrido el tiempo necesario para que los



...volaban como verdaderos hipógrifos a través del desierto territorio... (Pág. 17.)

HÉCTOR.—2

cuadrúpedos comieran, capitán y asistente partieron.

Céfiro y Galatea — que tales eran los nombres del caballo de Servadac y de la yegua de Ben-Zuf — sentían los efectos de la disminución de la gravedad y, en vez de correr, volaban como verdaderos hipógrifos a través del desierto territorio, por lo que sólo tardaron veinte minutos en recorrer los ocho kilómetros que separaban la cabaña de la desembocadura del Cheliff.

Al llegar allí, el capitán y el asistente refrenaron el paso de sus cabalgaduras, y comenzaron a bajar hacia el Sudeste siguiendo la antigua margen derecha del río, y, cuando la noche envolvió en su manto de negruras la tierra y el mar, los viajeros acamparon para entregarse al descanso. Habían recorrido treinta y cinco kilómetros en cuatro horas, pero no habían encontrado una sola alma viviente.

Durante los tres días siguientes Servadac y Ben-Zuf recorrieron todo el territorio, que no había sido inundado por las aguas, y adquirieron la convicción de que se encontraban en una isla, de la que ellos dos eran los únicos habitantes.

—¿Qué le parece a usted, mi capitán? — preguntó el asistente.

—Y a ti, ¿qué te parece? — interrogó a su vez el oficial.

—Que ya es usted gobernador de la Argelia, y que yo soy la población.

Cuando volvieron a la cabaña, Servadac pudo hacer otra observación que no le dejó menos perplejo que las hechas hasta entonces, y fué que el agua puesta a calentar por Ben-Zuf sobre un hornillo empezó a hervir a los 66 grados, en vez de hacerlo a los 100.

La causa de este fenómeno era sin duda una disminución de altura en la capa atmosférica.

—¿Pero cómo es posible — se preguntó a sí mismo Servadac — que hayamos subido tanto, si el mar se encuentra en el mismo sitio?

—Sólo Dios lo sabe — respondió una vez más Ben-Zuf, que había oído la pregunta del oficial, aunque éste no se la había dirigido a él.

—Sí, tienes razón — asintió Servadac—. Ahora no nos queda otro remedio que esperar.

—¿Qué es lo que hemos de esperar?

—Que vengan a buscarnos, pues, suponiendo que el cataclismo sólo haya hecho estragos en la costa argelina, el gobernador general, para informarse bien de lo ocurrido, habrá enviado un buque a explorar el litoral y no nos habrá olvidado.

—¿Y si no viene ningún buque?

—Vendrá, es imposible dudarlo; pero, si no viniera, construiremos una embarcación. Tú observa constantemente el mar y, cuando haya algún buque a la costa, haremos señales para que nos recoja.

Desde aquel momento Ben-Zuf pasaba largas horas contemplando el horizonte con un anteojo de larga vista, pero los días pasaban sin que se distinguiera vela alguna sobre las aguas del mar.

Al fin, a los doce días de doce horas cada uno, después del cataclismo, o sea, el 6 de enero, fecha verdadera del calendario, viendo el capitán Servadac que no iba buque alguno en su busca, inventarió los recursos vegetales y animales que para el mantenimiento propio y del asistente poseía.

La isla, a la que había dado el nombre de Gurbi, tenía una superficie de tres mil leguas cuadradas, y en ella había gran número de bueyes, vacas, cabras y carneros, además de abundante caza que no era de suponer que abandonara el territorio. Como los cereales no escaseaban y tres meses después podían recogerse las cosechas del trigo, maíz, y arroz, la alimentación del capitán y de Ben-Zuf estaba asegurada, lo mismo que la de los dos caballos y la de algún otro habitante que pudiera llegar.

Héctor Servadac se equivocaba en este punto, por-

que después de una lluvia que cayó con gran abundancia durante varios días consecutivos, la temperatura empezó a ascender progresivamente y con tal rapidez que el día 15 de enero el termómetro marcaba a la sombra cincuenta grados centígrados, la savia llevó la vida a las últimas ramas de los árboles, las praderas se alfombraron de espesa hierba y las espigas del trigo y del maíz crecieron y se desarrollaron casi a la vista.

El calor comenzaba a hacerse insoportable; pero, sin embargo, Ben-Zuf, a pesar del sudor que le inundaba el rostro, no cesaba de explorar el mar desde lo alto de una peña con la esperanza de ver llegar algún barco.

—Sin duda alguna — decíase de vez en cuando — Su Excelencia el Gobernador General se ha olvidado de nosotros, y mi capitán se ha convertido en un Robinson y yo en el negro que lo acompañaba en la isla desierta.

Como todo lo que debe llegar, llega al fin, el 27 de enero presentóse Ben-Zuf ante su capitán, y le dijo, con la misma tranquilidad que si se tratase de un acontecimiento sin la menor importancia:

—Hay un buque a la vista.

Héctor Servadac corrió al oír esto, con toda la velocidad que le fué posible, encaramóse sobre una peña y dirigió la vista hacia el mar.

La duda no era posible. Había un buque a diez kilómetros de la costa, pero la nueva convexidad de la Tierra acortaba el radio visual y no permitía ver más que el extremo de una arboladura que sobresalía de las olas.

Sin embargo, lo que se veía del aparejo era suficiente para reconocer que se trataba de una goleta.

Dos horas después, el capitán Servadac, que con su anteojo en la mano no había cesado un instante de observar la embarcación que se iba acercando, exclamó, muy sorprendido:

—¡La *Dobryna*! ¡La goleta del conde Timascheff!

—¿La *Dobryna*? — dijo Ben-Zuf—. ¡Imposible! No se ve el humo de la chimenea.

—Navega a la vela — explicó Servadac.

Era, efectivamente, la goleta del conde ruso, en quien el capitán Servadac no veía un adversario, sino uno de sus semejantes.

—Puesto que la desembocadura del Cheliff ha des-



aparecido, ¿dónde va a anclar la goleta? — preguntó Ben-Zuf.

—En parte alguna — contestó el capitán—. El conde Timascheff es un cumplido caballero y enviará su canoa a tierra para recogerlos.

La *Dobryna*, que tenía el viento contrario, navegaba con mucha lentitud, tratando de acercarse lo más posible al litoral.

Servadac no tardó en advertir que la goleta se dirigía hacia la antigua embocadura del Cheliff.

Inmediatamente fueron ensillados *Céfiro* y *Galatea*,

y el capitán y su asistente se trasladaron a la punta Oeste de la isla, donde se abría una ensenada que podía servir de refugio a un buque de mediano calado.

En aquella ensenada, donde, aun en los malos tiempos, debían estar tranquilas las aguas, Servadac observó con sorpresa las huellas de una marea altísima.

La *Dobryna* encontrábase entonces a dos o tres kilómetros de distancia del litoral y el capitán hizo señales indicando la dirección que debía seguir.

Pocos minutos después el ancla de la goleta mordía el fondo de arena de la ensenada, se lanzaba el bote al mar y el conde Timascheff desembarcaba en la orilla, quedándose sorprendido al ver a Servadac, que se había apresurado a salirle al encuentro.

IV

—No esperaba tener el honor de encontrarlo aquí— dijo el conde Timascheff, al ver al capitán Servadac, con una flema que contrastaba notablemente con la viveza del oficial francés—. Lo dejé en un continente y lo encuentro en una isla.

—Dígame, ante todo, qué ha sucedido, señor conde, porque yo no he variado de lugar, a pesar de lo que usted dice y que la realidad confirma.

—Sí, ya sé que no ha variado de lugar y le ruego que me dispense por haber faltado, contra mi voluntad, a la cita convenida.

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión — dijo el francés—. Ahora le ruego que me diga en virtud de qué cataclismo se ha convertido esta parte del continente africano en una isla.

—Iba a dirigirle la misma pregunta porque no sé absolutamente nada, capitán — repuso el conde.

—¿No podrá decir siquiera si en el litoral del norte del Mediterráneo...?

—¿Pero es éste el Mediterráneo? — interrumpió el conde, profundamente asombrado.

—Usted debe saberlo, puesto que lo ha recorrido.

—Ni he recalado en ningún punto del litoral ni he visto tierra alguna.

—Sin embargo, habrá advertido que desde el 1.º de enero el día ha disminuído en seis horas, que el Oriente se ha convertido en Poniente y viceversa, que hemos perdido nuestra Luna, que hemos estado a punto de chocar con Venus, que ha decrecido notablemente la intensidad de la gravedad y que se han modificado los movimientos de traslación y de rotación del globo terrestre.

—Todo eso es cierto, capitán, y la única noticia que tengo que darle es que en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero mi goleta fué levantada por una ola enorme a una altura inconmensurable y que, desde entonces, hemos andado errantes, a merced de una terrible borrasca que ha durado varios días y que la primera tierra que hemos visto es esta isla.

—En ese caso, señor Conde, es preciso explorar el Mediterráneo para ver la extensión del cataclismo.

—Opino lo mismo y mi goleta está a su disposición, aunque sea para dar la vuelta al mundo.

—Acepto su ofrecimiento, señor conde.

Pero, a pesar de los deseos que el capitán Servadac tenía de ir a Argel para adquirir noticias del resto del universo habitado, no pudo emprender en seguida el viaje, porque la máquina de la *Dobryna* había sufrido averías importantes y fué preciso repararlas.

Como la goleta llevaba varios tubos de repuesto, fué fácil substituir los que habían quedado fuera de uso, y tres días después de haber llegado a la isla de Gurbi,

la caldera de la *Dobryna* se hallaba en estado de funcionar.

Reparadas, pues, las averías, embarcóse Servadac con el conde ruso, y la goleta, mandada por el capitán Procopio, puso rumbo al Este, impulsada por las velas y el vapor.

Ben-Zuf, con gran sentimiento por su parte, quedóse en la isla, no sólo para cuidar de los dos caballos, que no se podían embarcar en la goleta, sino también para vigilar el nuevo dominio si, por acaso, acudía alguien a refugiarse en él.

La *Dobryna* seguía, a dos o tres kilómetros de distancia, la línea que hubiera debido ocupar el litoral argelino, pero los tripulantes no lograron ver tierra alguna hacia el Sur.

La tripulación, compuesta del mecánico Tiglew, de los cuatro marineros Niegoch, Tolstoy, Etkef y Panofka y del cocinero Mochel no se preocupaban de las alteraciones ocurridas en el orden físico, puesto que compartía su suerte el conde Timascheff, a quien eran profundamente adictos; pero el capitán Procopio estaba muy alarmado.

En realidad de verdad, Procopio no figuraba en el rol de la goleta sino con la denominación de teniente, porque el capitán era el propietario, conde de Timascheff; pero, como éste no era marino, la dirección del barco estaba confiada por completo a la pericia indiscutible de aquél, que era el capitán de hecho.

Durante el primer día de navegación, Procopio, que hablaba correctamente el idioma francés y a quien seguiremos llamando capitán, explicó a Héctor Servadac algunas particularidades observadas después de haber ocurrido el cataclismo, y, como era natural, la conversación giró acerca de la nueva órbita que trazaba el globo terrestre al través del mundo solar.

—Indudablemente, la Tierra no sigue ya su camino ordinario alrededor del Sol — dijo el capitán Procopio.

—Ahora — repuso Servadac — lo que conviene saber es si, después de haber cortado la órbita de Venus, cortaremos también la de Mercurio.

—Para caer en el Sol — agregó el conde Timascheff.

—No, señores, la Tierra no se precipita hacia el Sol, aunque sin duda alguna sigue una nueva trayectoria alrededor de este astro. Si el globo terrestre hubiera de caer, a estas horas estaría ya muy cerca de su centro activo y la catástrofe final estaría ya muy próxima. Por lo contrario, comenzamos a alejarnos del Sol, porque la temperatura ha disminuído notablemente.

—Sus deducciones deben ser ciertas — asintió Servadac.

—Y también es evidente — prosiguió diciendo el marino — que el Mediterráneo y el litoral africano han sido trasladados bruscamente a la zona ecuatorial.

—Si hay todavía litoral africano — objetó el capitán Servadac.

—Y mar Mediterráneo — agregó el conde Timascheff.

Y, efectivamente, ambas cuestiones estaban sin resolver.

Desde que la *Dobryna* había salido de la isla de Gurbi, debía haber pasado ya por los puntos que hubieran debido ocupar algunas ciudades argelinas y ninguna de ellas había aparecido aún en el campo de los anteojos.

Héctor Servadac contemplaba, rabiando de cólera, el mar inmenso que se extendía más allá del horizonte ilimitado, y preguntábase si el espantoso cataclismo habría alcanzado también a Francia, su país natal.

¿Era cierto que Argel se había abismado en las profundidades del globo?

Sin embargo, una ciudad no desaparece jamás por completo, pues siempre deja algunos vestigios tras de sí, pero de Argel no quedaba en la superficie del mar

ni uno solo de esos árboles rotos cuyas ramas debían haber sido arrastradas por las olas.

Se sondeó el mar con la esperanza de encontrar en el fondo algún resto de la ciudad tan singularmente desaparecida; pero con extraordinaria admiración de los navegantes la sonda indicó una costa de nivel casi constante de cuatro o cinco brazas solamente bajo la superficie de las aguas, y de donde únicamente se extrajo una especie de polvo metálico con reflejos dorados, cuya naturaleza fué imposible determinar.

Héctor Servadac pidió entonces que se hiciera rumbo al Sur, y la *Dobryna* navegó en esa dirección bajando hasta el grado 36 de latitud, pero en todas partes la sonda encontró un fondo igual, de cuatro o cinco brazas, sin que en sitio alguno se encontrara una piedra labrada, una rama seca ni uno de esos zoófitos de que suele estar sembrado el suelo de los mares.

La navegación se prolongó hasta donde habían estado las montañas del Muzaia, cuya cima más alta debía de sobresalir mucho de las aguas, pero ni allí ni en el horizonte se vió nada que revelase que el mar había engullido una ciudad.

Se volvió, por consiguiente, hacia el Norte, y la *Dobryna* se encontró de nuevo en las antiguas aguas del Mediterráneo, sin que los tripulantes hubiesen encontrado vestigio alguno de lo que en otro tiempo había sido la provincia de Argel.

La causa que había producido el cataclismo continuaba ignorada.

Después de discutir seriamente el conde Timascheff, el capitán Servadac y el marino Procopio, se acordó que la goleta continuara su marcha hacia el Este, y así se hizo efectivamente, siguiendo la línea trazada antes por el continente africano sobre aquel mar cuyos límites no se encontraban ya.

Se llegó hasta más allá del sitio en que cinco semanas antes se encontraba el cabo Blanco, y tampoco allí

se halló vestigio alguno de las ciudades desaparecidas.

El capitán Procopio sondeó el mar y encontró un fondo chato de cinco brazas de profundidad, de donde se extrajo el mismo polvo metálico, de composición desconocida, que se había sacado en los sondeos anteriores.

La *Dobryna* viró de bordo y continuó su viaje de exploración, con la proa al Sur.

Como en todo aquel largo viaje, la goleta no encontró un sólo buque, al que hubiera podido pedir noticias de Europa, los tripulantes, viendo el aislamiento en torno suyo, se preguntaban si la *Dobryna* era el único punto habitado de la esfera terráquea.

El 9 de febrero, cuando se navegaba precisamente sobre la ciudad de Dido, más destruída a la sazón que la Cartago púnica lo había sido por Escipión Emiliano, en el momento en que el Sol desaparecía bajo el horizonte del Este, los ojos de Héctor Servadac sintieron una especie de impresión luminosa.

Creyendo el oficial francés ser víctima de una ilusión de óptica, miró con más atención y vió efectivamente una luz lejana.

Para convencerse por completo, llamó a un marinero, le indicó el lugar en que él continuaba viendo brillar la luz, y fué confirmada su creencia.

El marinero vió también la luz, muy distintamente.

Inmediatamente se comunicó la noticia al conde Timascheff y al capitán Procopio.

¿Era tierra? ¿Era un buque?

No se sabía y, para averiguarlo, fué preciso esperar que pasara la noche, pues el capitán Procopio, temiendo aventurarse en parajes desconocidos, orientó las velas de la *Dobryna* de modo que la goleta avanzara poco.

Aunque la noche sólo tenía seis horas de duración, pareció interminable a los tripulantes de la goleta, que

no abandonaron el puente un solo momento temiendo que se extinguiera la luz que a lo lejos veían brillar.

Al salir el Sol todos los tripulantes de la goleta asestaron sus anteojos hacia el punto en que se había visto brillar durante la noche la luz que se había desvanecido con los primeros albores del día.

A seis millas de la goleta aparecía una especie de roca de forma singular, un islote abandonado en medio de aquel mar desierto.

—Es la cima de una montaña sumergida — dijo el conde Timascheff.

Sin embargo, como aquella roca formaba un arrecife peligroso, del que en lo sucesivo debían desconfiar todos los buques, se puso la proa hacia él y tres cuartos de hora más tarde se encontraba la *Dobryna* a dos cables de distancia del islote.

Este se elevaba cuarenta pies sobre el nivel del mar, pero en sus inmediaciones no había peña alguna que le sirviera de avanzada, lo que hacía suponer que, bajo la influencia del inexplicable fenómeno, se había hundido poco a poco hasta encontrar un punto de apoyo que lo sostenía a aquella altura sobre las olas.

El capitán Servadac, que no cesaba de examinar las enormes anfractuosidades del peñasco con el antejo, exclamó de pronto:

—¡En ese islote hay una habitación, donde es posible que exista aún algún ser humano!

El capitán Procopio no contestó, pero hizo un gesto de incredulidad.

La goleta disparó un cañonazo, que no tuvo la virtud de hacer que apareciese ningún habitante de la costa.

El islote, que parecía estar desierto, presentaba en la parte superior una especie de edificio de piedra, cuyo conjunto ofrecía cierta semejanza con un morabito árabe.

El conde Timascheff ordenó que se echara al agua



el bote de la *Dobryna*, e inmediatamente embarcaron en él el propietario de la goleta, el capitán Procopio, Héctor Servadac y cuatro marineros. Estos remaron vigorosamente y pocos momentos después tomaron tierra.

Los exploradores subieron la empinada cuesta del islote que conducía al morabito. Este estaba circunvalado por un muro formado por restos antiguos, tales como estatuas, basas, columnas y otros objetos colocados sin arte alguno.

El conde Timascheff, Servadac y el capitán Procopio dieron la vuelta al recinto y llegaron frente a una puerta, que, por estar de par en par, no les impidió la entrada.

Otra puerta, abierta también, les permitió el acceso a lo interior del morabito en cuya única sala elevábase un sepulcro de gran sencillez, sobre el que ardía una enorme lámpara de plata que contenía aún varios litros de aceite.

Era la luz que, durante la noche, había visto brillar Héctor Servadac.

El morabito estaba habitado únicamente por algunos cormoranes que, al llegar los exploradores, emprendieron el vuelo con dirección al Sur.

Sobre un ángulo del sepulcro había un antiguo libro de oraciones, abierto. Estaba escrito en idioma francés, y Héctor Servadac, inclinándose, pudo leer el ritual especial del aniversario del 25 de agosto.

—Nos encontramos frente al sepulcro de san Luis, rey de Francia — dijo el capitán Servadac, inspirado por una idea súbita.

Era allí, en efecto, en aquel punto del Mediterráneo donde el santo rey de Francia dormía su sueño de muerte y donde durante seis siglos manos piadosas rodeaban sus restos de un culto piadoso.

La lámpara que ardía sobre la tumba del santo era ya quizá el único faro que iluminaba las olas del Mediterráneo.

Los exploradores, después de haber orado ante el sepulcro del santo, abandonaron el morabito, y el bote los condujo nuevamente a bordo de la *Dobryna* que continuó su ruta hacia el Sur, no tardando en perder de vista el islote, único punto de la provincia de Túnez que se había salvado de la catástrofe.

V

Como los cormoranes que habían emprendido el vuelo al llegar el conde Timascheff, Héctor Servadac y el capitán Procopio al sepulcro de San Luis, se habían dirigido al Sur, los tripulantes de la *Dobryna* abrigan la esperanza de encontrar tierra en aquella dirección.

Sin embargo, hasta dos días después no se presentó a la vista una costa, que se extendía de Oeste a Este y cerraba todo el horizonte meridional, cortando en dos partes el golfo de Gabes sin dejar ver la isla que formaba su punta extrema. De ello dedujeron los marineros que la aparición de un nuevo continente había ocupado parte del mar de Sáhara.

—Según parece — dijo Héctor Servadac—, el Mediterráneo se encuentra ahora donde antes se encontraba el continente y el continente ocupa el lugar en que estaba el Mediterráneo.

—En vista de lo cual — agregó el conde Timascheff — debemos resolver si hemos de seguir esta costa hacia el Este o hacia el Oeste.

—Hacia el Oeste, señor conde — se apresuró a decir el oficial francés—, si no tiene usted inconveniente, porque estoy deseando saber si ha quedado algo de la colonia argelina al otro lado del Cheliff. Al mismo tiempo, recogeremos al compañero que he dejado en la isla Gurbi y nos dirigiremos luego a Jibraltar donde quizá podamos adquirir noticias de Europa.

—La goleta está a su disposición, capitán Servadac — respondió el conde ruso y, luego, dirigiéndose a Procopio, agregó—: Da las órdenes necesarias.

—Debo advertir — replicó el marino — que, como el viento sopla del Oeste, tendremos que luchar con grandes dificultades para caminar contra él, mientras que, yendo hacia el Este, la goleta llegará en pocos días a Egipto, donde adquiriremos las noticias que podrían facilitarnos en Jibraltar.

Las razones expuestas por el capitán Procopio no admitían réplica y así lo reconoció Héctor Servadac, quien, a pesar de los deseos que tenía de recoger a Ben-Zuf, no se opuso a que la *Dobryna* emprendiera la ruta hacia el Este.

La temperatura había decrecido singularmente, a causa, sin duda, del alejamiento creciente del globo so-

bre su nueva trayectoria, como si hubiera vuelto a encontrarse a treinta y ocho millones de leguas del Sol, como lo había estado el día 1 de enero.

Los tripulantes, sin embargo, no se preocupaban por estos fenómenos cósmicos, sino únicamente por las modificaciones acaecidas en la superficie de la esfera terrestre, cuya importancia no habían podido determinar aún.

La goleta seguía, pues, el nuevo cordón litoral, a dos millas de distancia, sin que los tripulantes, a pesar de sus constantes observaciones, consiguieran encontrar un punto de refugio.

La línea del nuevo continente, lisa como el muro de una cortina, no ofrecía lugar alguno en que el pie humano pudiera encontrar apoyo. En la cima de aquellas rocas gigantescas se destacaba un bosque de flechas, de obeliscos y de pirámides, como si fuera una enorme concreción cuyas cristalizaciones medían más de mil pies de altura.

Allí no había el más insignificante verdor y, por lo mismo, ni un solo pájaro animaba aquel áspero territorio. No era de extrañar que las aves marinas buscasen refugio en la *Dobryna*, cuyas vergas estaban completamente ocupadas, así de noche como de día, por los volátiles.

Y, a juzgar por el furor con que se disputaban las migajas de galletas o los desperdicios de alimentos que la tripulación de la goleta les arrojaba sobre el puente, debía creerse que en aquellos parajes no había un solo punto que pudiera proporcionar alimento a aquellas aves.

La *Dobryna* después de recorrer cuatrocientos kilómetros de aquella costa árida, fué detenida por un recodo del litoral, y el capitán Procopio observó que las peñas seguían entonces la dirección de Sur a Norte.

Púsose proa al Norte y el 14 de febrero, al llegar la goleta al sitio que debía ocupar Malta, volvió a sondear-

se el mar, en cuyo fondo sólo se encontró el mismo polvo metálico que en todas partes.

El conde Timascheff dijo :

—La catástrofe ha extendido sus estragos más allá del continente africano.

—Sin duda alguna — asintió el capitán Procopio—, y también es evidente que no podemos determinar el límite del desastre ocasionado por el espantoso cataclismo. ¿Adónde nos dirigimos ahora?

—A Sicilia, a Italia, a Francia — se apresuró a responder Héctor Servadac—, a cualquier parte donde podamos adquirir las noticias que nos interesan.

—Si no somos los únicos supervivientes del globo, y existe alguien que pueda informarnos de lo que deseamos saber — repuso el conde Timascheff.

Como Héctor Servadac abrigaba respecto a este punto los mismos temores que el conde, se abstuvo de responder.

Mientras tanto habíase variado la dirección del buque y éste había traspasado el punto en que se cruzaban el paralelo y el meridiano de la isla desaparecida.

La goleta trató de seguir el camino del Oeste para llegar a la parte septentrional del Mediterráneo, pero el viento y las olas aunaron sus esfuerzos para dificultarle la marcha. El peligro llegó a ser muy grave, porque el buque era levantado a veces a cien pies de altura y, otras, era sumergido al profundo abismo que se abría entre las aguas.

Como la costa era inabordable y no ofrecía refugio alguno, el capitán Procopio trató de mantener la goleta contra la tempestad ; pero, a pesar de los esfuerzos de la tripulación que maniobraba habilísimamente y con la mayor sangre fría, como el buque no obedecía a su hélice y no había sido posible establecer tela alguna porque el viento la desgarraba, la *Dobryna* era irremisiblemente arrastrada hacia la costa.

La tierra se encontraba ya a cuatro millas a sota-



...con la mano en la gorra de cuartel inclinada sobre la oreja derecha y sujeta a la cabeza por medio del barbuquejo, solicitó permiso para exponer su pretensión. (Página 37.)

vento y la goleta derivaba hacia ella con desesperante celeridad. La tripulación no abrigaba esperanza alguna de evitar el peligro.

—Me es imposible resistir esta deriva que nos arrastra — dijo el capitán Procopio—. Las fuerzas humanas tienen sus límites, y antes de una hora la goleta se estrellará contra la costa.

—Antes de una hora — repuso el conde Timascheff de modo que todos lo oyesen—, Dios puede habernos salvado. ¡Confiemos en su poder absoluto y en su infinita misericordia! — y, al decir esto, se descubrió la cabeza.

Procopio, Servadac y los marineros lo imitaron. Todos habían recobrado la esperanza, al confiar su salvación a Aquel que todo lo puede.

El capitán Procopio, convencido de que era imposible alejarse de la costa, adoptó todas las precauciones necesarias para conseguir que el choque fuera lo menos violento posible, y, con objeto de que los náufragos, si alguno llegaba a sobrevivir, encontrasen algún recurso para mantenerse durante los primeros días de su instalación en el nuevo continente, hizo subir al puente gran cantidad de víveres y buen número de toneles de agua dulce que, atados a barricas vacías, podían sobrenadar después de la destrucción de la goleta.

En realidad de verdad, no había esperanza alguna de salvación, si Dios no acudía en auxilio de los tripulantes.

La *Dobryna* no tardó mucho en encontrarse a una milla de la costa, cuyo acantilado veíase aumentar poco a poco, como si fuera a precipitarse sobre el buque para aplastarlo.

Algunos instantes después, sólo se encontraba a una distancia de tres cables del enorme peñasco, que no presentaba abertura ni embocadura alguna que pudiera servir de refugio, y todos cuantos estaban a bordo,

creyendo llegada su hora suprema, encomendaron sus almas a Dios.

—¡Hasta la eternidad, conde Timascheff! — dijo Héctor Servadac, tendiendo la mano al noble ruso.

—¡Adiós, capitán, y que Dios se apiade de nosotros! — respondió el conde señalando al cielo.

La *Dobryna*, levantada en aquel momento por una ola monstruosa, debía estrellarse contra la roca; pero, de repente, oyóse la voz de Procopio, que daba órdenes.

—¡Listos! ¡Izad el foque mayor, izad el trinquete, barra a la derecha!

La tripulación ejecutó rápidamente estas órdenes, y Procopio, corriendo a popa, asió la rueda del timón.

—¡Atención! — volvió a gritar el experto marino—. ¡Atención a las escotas!

En aquel instante, se escapó de todos los pechos un grito de júbilo.

Entre dos muros de la costa, cortados a pico, acababa de presentarse una abertura de cuarenta pies.

Era un refugio, y la *Dobryna*, hábilmente dirigida por Procopio y empujada por el viento y por el mar, se precipitó por aquella abertura.

¿Se había salvado la tripulación?

¿Había acudido Dios en auxilio de aquella honrada gente?

Así debemos creerlo.

VI

Cuatro meses hacía que el brigadier Murphi y el mayor Oliphant habían empezado a jugar una partida de ajedrez, cuando ocurrió el espantoso cataclismo que había modificado una parte del globo terráqueo.

En los cuatro meses no habían hecho más que veinte jugadas, y tan flemáticos eran estos dos personajes, que la catástrofe no les produjo desmesurada extrañeza.

Ambos tenían cuarenta años de edad, eran altos, ostentaban hermosas patillas y largos bigotes, vestían siempre de uniforme y mostrábanse orgullosos de ser ingleses.

—¡Oh! — exclamó el mayor, cuando el cataclismo echó a rodar las diversas piezas del ajedrez—. Esto es una circunstancia particular.

—Efectivamente, es una circunstancia particular— limitóse a responder el brigadier.

—Pero Inglaterra está ahí.

—Indudablemente.

—Los buques ingleses vendrán por nosotros.

—Vendrán.

—Entonces, permaneceremos en nuestro puesto.

—Permaneceremos.

Y esto fué cuanto dijeron Murphy y Oliphant cuando, a causa del trastorno terráqueo, se hallaron de pronto aislados con once hombres en un cuerpo de guardia y cuando vieron que de la enorme roca en que centenares de oficiales y de soldados estaban el día antes acuartelados con ellos no había quedado sino un estrecho islote reducido por el inmenso mar.

Es verdad que, aunque hubieran querido, los dos jefes y los once hombres tampoco habrían podido dejar aquel puesto porque únicamente disponían de un bote, en el que habría sido una locura lanzarse al mar.

El brigadier, el mayor, los diez soldados y el criado Kirke habíanse convertido, por consiguiente, en insulares y esperaban con resignación que llegara un buque cualquiera que les diese noticia de la madre patria.

Por el alimento no tenían que preocuparse, porque en los subterráneos del islote había almacenados víve-

res suficientes para sustentar a trece personas durante diez años por lo menos.

Respecto a los fenómenos físicos que se habían producido — cambio de los puntos cardinales Este y Oeste, disminución de la intensidad de la gravedad en la superficie del globo, la duración de los días y las noches, desviación del eje de rotación, etc., etc.—, el brigadier y el mayor no se habían alarmado poco ni mucho. Habían vuelto a colocar sobre el tablero de aje-



dre las piezas derribadas y habían reanudado su interminable juego con su característica tranquilidad. Sin duda alguna eran hombres muy singulares.

Los soldados tampoco se habían preocupado por los fenómenos cósmicos, pero la disminución de los días y de las noches les dió motivo para hacer dos reclamaciones.

Efectivamente, tres días después de haber ocurrido la catástrofe, el cabo Pim, al frente de todos los soldados, presentóse en la habitación del brigadier

Murphy y, con la mano en la gorra de cuartel inclinada sobre la oreja derecha y sujeta a la cabeza por medio del barbuquejo, solicitó permiso para exponer su pretensión.

Interrumpida la partida de ajedrez que los dos jefes estaban jugando, preguntó el brigadier :

—¿Qué desea el cabo Pim?

—Hacer una observación respecto al pago de la tropa, y otra concerniente al rancho.

—¿Cuál es la primera?

—La primera es que, como los días han quedado reducidos a la mitad, deseamos saber si se va a reducir la paga en la misma proporción.

—Cabo Pim — respondió el brigadier—, Inglaterra es bastante rica y no escatima la paga a sus soldados. Como el sueldo está calculado por el intervalo que transcurre entre dos salidas del Sol, la paga será la misma que antes, cualquiera que sea la duración del citado intervalo.

—¡Hurrah! — dijeron los diez hombres en el mismo tono de voz que hubieran podido decir : ¡muchas gracias!

Entonces preguntó el mayor Oliphant :

—Cabo Pim, ¿cuál es su segunda reclamación?

—Es relativa al rancho — respondió el subordinado—. Puesto que el día sólo dura seis horas, ¿se nos darán cuatro comidas como antes o sólo dos?

—Los fenómenos físicos, cabo Pim — respondió el mayor — no tienen que ver con los reglamentos militares, y como éstos ordenan que se sirvan a la tropa cuatro comidas al día, cuatro comidas se servirán. Inglaterra es bastante rica para alimentar bien a sus soldados. Comerán ustedes cada hora y media.

—¡Hurrah! — volvieron a decir los diez hombres, esta vez en un tono de voz algo más alto.

Luego, dieron media vuelta a la derecha y salieron.

de la habitación de los oficiales, quienes reanudaron en seguida su interrumpida partida de ajedrez.

El brigadier Murphy y el mayor Oliphant habían hecho bien en confiar en los recursos de Inglaterra, porque estaban convencidos de que esta nación no abandona nunca a los suyos; pero, a pesar de esto, habían transcurrido cuarenta y nueve días de los antiguos de veinticuatro horas después de ocurrir el cataclismo y no aparecía ningún buque inglés en el horizonte.

Sin embargo, ni los jefes ni los soldados experimentaban la menor inquietud. Todos hacían el servicio como de ordinario y todos también se encontraban en perfecto estado de salud.

El mayor Oliphant había preparado un gran pliego firmado por el brigadier Murphy y sellado con el sello del regimiento para enviarlo a la metrópoli por el primer buque que se presentara; pero llegó el 18 de febrero y las comunicaciones no se habían restablecido.

Aquel día dijo el brigadier Murphy al mayor Oliphant, tan pronto como hubo abandonado el lecho:

—Hoy es un día de júbilo para todos los ingleses porque es el aniversario de S. M.

—Sí, es un gran día — asintió el mayor — y las circunstancias especiales en que nos encontramos no deben ser obstáculo para que lo celebremos.

—Lo celebraremos; lo celebraremos bebiendo una copita de vino de Oporto.

—Con mucho gusto, brigadier.

—Si S. M. no se ha puesto aún en comunicación con nosotros, debe ser porque no lo ha tenido por conveniente; pero no por eso hemos de dejar de proceder reglamentariamente.

—Opino lo mismo — dijo el mayor, que siempre era de la misma opinión que el brigadier.

Y, puestos de acuerdo ambos jefes, llamaron en seguida al cabo Pim y le ordenaron que hiciera disparar

la salva de ordenanza, por ser aquel día el aniversario de S. M. B.

—¡ Ah ! — agregó el brigadier—. Cuide de que los que sirven las piezas no pierdan ningún miembro al disparar.

—Vigilaré para evitar que ocurran desgracias — respondió el cabo Pim.

Pero, como de los muchos cañones que antes guardaban el fuerte, no quedaba más que uno, que se cargaba por la boca, fué necesario hacer con él los veintidós disparos de ordenanza, si bien el cabo Pim tuvo la precaución de hacer limpiar el oído del arma, entre disparo y disparo, para evitar posibles desgracias.

Naturalmente, los disparos se hicieron con pólvora sola, pero las capas de aire, menos densas, se conmovieron con menos estrépito que otras veces bajo el impulso de los gases vomitados por el cañón y, por lo tanto, las detonaciones fueron menos ruidosas que lo habían sido antes de ocurrir el cataclismo, lo cual disgustó no poco a Murphy y a Oliphant.

Sin duda creyeron los dos jefes que, no siendo suficientemente ruidosos los cañonazos, no quedaba perfectamente cumplido el deber, que les imponía la ordenanza, de festejar el aniversario real.

Habíanse hecho ya veinte disparos y disponíase un artillero a cargar la pieza por última vez, cuando el brigadier Murphy ordenó :

—Pongan un proyectil, porque deseo conocer el alcance que tiene ahora esta pieza.

—Sí, es preciso hacer este experimento — agregó el mayor Oliphant.

Y, efectivamente, la pieza de artillería fué cargada con un proyectil sólido de doscientas libras de peso, y se hizo el disparo.

—¡ Por San Jorge ! — exclamaron a un tiempo el brigadier y el mayor, que se quedaron con la boca abierta, al advertir que ni con los anteojos les había sido

posible seguir al proyectil ni verlo caer en el mar, de donde dedujeron que había ido a perderse más allá del horizonte.

—¡ Más de doce kilómetros ! — dijo el brigadier.

—¡ Ya lo creo ! Mucho más — agregó el mayor.

Pero, ¿ era ilusión de sus sentidos ? A la detonación del cañón inglés pareció responder otra, más débil, que venía de alta mar.

Los jefes y los soldados se quedaron escuchando con profunda atención, y lograron oír otras tres detonaciones sucesivas en la misma dirección que la primera.

—¡ Un buque ! — exclamó el brigadier.

—Sí, un buque — asintió el mayor, que parecía ser un eco de Murphy.

—Pues, si es un buque, necesariamente es inglés. Inglaterra viene a nosotros ; sin duda ha conocido el ruido de nuestro cañón.

—¡ Con tal que la bala no haya tocado a ese buque ! — murmuró en voz baja el cabo Pim.

Media hora después aparecieron por encima del horizonte los dos masteleros de un buque, cuyo casco se hizo perfectamente visible otra media hora más tarde.

El rastro de humo que se extendía por el espacio indicó que era un vapor, y no tardó en verse que una goleta se acercaba al islote.

Murphy y Oliphant miraban con los anteojos deseando saludar a los colores del pabellón que flotaba en uno de los palos de la goleta ; pero, de repente, ambos jefes bajaron los brazos simultánea y casi automáticamente y miráronse uno a otro, llenos de estupefacción, diciendo :

—¡ El pabellón ruso !

Efectivamente, era una bandera rusa la que flotaba en la cangreja de la goleta.

El brigadier Murphy y el mayor Oliphant, graves y derechos, esperaron la llegada de los huéspedes, que no tardaron en desembarcar.



La goleta entró en una pequeña ensenada formada en la parte sur del islote por un recodo de las rocas, se lanzó un bote al agua, y el conde Timascheff y Héctor Servadac llegaron minutos después a tierra.

—¡Loado sea Dios! — exclamó el oficial francés tan pronto como hubo desembarcado, dirigiéndose a Murphy y Oliphant, que no salían de su asombro—. Como nosotros, han escapado ustedes del cataclismo y celebró mucho poder estrechar la mano de dos semejantes. ¿Tienen ustedes noticias de Francia? ¿Cuál ha sido la extensión de la catástrofe? ¿Están ustedes en comunicación...?

—¿Con quién tenemos el honor de hablar? — interrumpió el brigadier Murphy, viendo que el impetuoso oficial francés no tenía trazas de cesar de hacer preguntas.

—Sí, sí, tiene usted razón — se apresuró a contestar Héctor Servadac, e inmediatamente dió a conocer

a su compañero, el conde ruso, y se presentó a sí mismo.

Los jefes ingleses dijeron sus nombres, y, cumplidas las leyes de la etiqueta, el brigadier Murphy condujo a los huéspedes del islote a la habitación que con Oliphant ocupaba.

Era ésta una especie de casamata abierta en la roca, que no carecía en absoluto de comodidades.

Cada cual tomó una silla y el conde Timascheff empezó la conversación diciendo :

—Ustedes saben, señores, que en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero ha habido un cataclismo cuya causa e importancia nos son completamente desconocidas, y, al contemplar este islote, se comprende que ustedes han sufrido también los efectos.

—También — limitáronse a contestar los ingleses.

—Mi compañero el capitán Servadac, que como oficial del Estado Mayor francés se encontraba desempeñando una misión en la desembocadura del río Cheliff, en la costa de Argelia, ha podido ver que una parte del continente africano se ha transformado súbitamente en una isla, y el resto parece que ha desaparecido de la superficie del globo.

—¡ Ah ! — exclamó el brigadier Murphy por toda respuesta.

—Y usted, señor conde — preguntó el mayor Oliphant—, ¿dónde se encontraba cuando ocurrió la catástrofe?

—En el mar, a bordo de mi goleta, y estoy convencido de que por un milagro de Dios no nos hemos perdido todos.

—Le felicitamos, señor conde — dijo el brigadier Murphy.

—La casualidad, que es caprichosa — continuó diciendo el conde Timascheff—, me condujo luego a la costa argelina, donde encontré al capitán Servadac y a

su ordenanza Ben-Zuf, encuentro que me proporcionó gran placer.

—Y que no ha sido menos satisfactorio para mí — agregó el oficial francés.

—De la colonia argelina no ha quedado nada — dijo el conde ruso—, según hemos podido comprobar, pues en toda esa parte oriental del Mediterráneo no hemos encontrado un solo vestigio de los antiguos territorios de la Argelia ni de Túnez, excepción hecha de una roca que sobresalía de la antigua Cartago y que contenía el sepulcro de San Luis.

—El desastre ha sido inmenso, señores—, confirmó Héctor Servadac.

—Después — explicó el conde Timascheff — bajamos hasta el golfo de Gabes en viaje de exploración, y hemos visto, con la sorpresa y el espanto consiguientes, que no existe ya el mar del Sáhara; que ha surgido una nueva costa delante del litoral de Trípoli, y que Malta con su ciudad, sus fuertes, sus soldados, sus oficiales y su gobernador ha ido a juntarse al abismo con el territorio de Argel.

—Siendo Malta una isla inglesa es muy difícil de admitir ese hundimiento tan absoluto — repuso el brigadier Murphy.

—Pues a pesar de ser inglesa, ha desaparecido como si hubiera sido china — dijo el capitán Servadac.

—¿No han cometido ustedes ningún error en sus cálculos? — preguntó el mayor Oliphant.

—No, señores; no hemos cometido ningún error— respondió el conde de Timascheff — y es preciso reconocer que Inglaterra ha sufrido grandes pérdidas en esta catástrofe, porque no sólo ha desaparecido Malta sino que debe quedar muy poco de las islas Jónicas.

—¿De las islas Jónicas? — interrogaron el brigadier Murphy y el mayor Oliphant, extraordinariamente sorprendidos.

—Sí, señores, de las islas Jónicas — repuso el oficial francés—. ¿No estamos en Corfú?

—¿En Corfú? — replicó el brigadier inglés—. Estamos en Jibraltar.

—Esta palabra tuvo la virtud de hacer enmudecer de asombro al conde Timascheff y a Héctor Servadac.

Estos creían hallarse en Corfú, en el extremo oriental del Mediterráneo, y se encontraban en Jibraltar, en el extremo occidental, a pesar de no haber retrocedido nunca en su viaje de exploración la *Dobryna*.

En aquel momento oyéronse varios gritos, e inmediatamente salieron los cuatro interlocutores fuera de la habitación de los ingleses, quedando sorprendidos al ver que la tripulación de la *Dobryna* luchaba con los soldados.

La contienda había sido promovida por el marinero Panofka y el cabo Pim, quienes habían empezado a disputar porque el proyectil lanzado por el cañón, después de romper una berlinga de la goleta, había hecho pedazos la pipa del marinero ruso rozándole ligeramente la nariz.

Héctor Servadac púsose, naturalmente, de parte de Panofka, y el mayor Oliphant se apresuró a decir que Inglaterra no era responsable de lo que hiciesen sus proyectiles, que el único culpable de lo ocurrido era el marinero ruso que le había salido al paso a la bala del cañón, y que si hubiera sido chato no habría sufrido aquel percance.

Esto irritó grandemente al conde de Timascheff, quien, después de un vivo altercado con los oficiales ingleses, ordenó a la tripulación de la *Dobryna* que embarcara inmediatamente.

—Volveremos a vernos — dijo Héctor Servadac a los dos ingleses.

—Estaremos siempre a su disposición — contestaron Murphy y Oliphant.

En realidad de verdad, en presencia del fenómeno que había puesto a Jibraltar donde geográficamente debiera encontrarse Corfú, el conde de Timascheff y Héctor Servadac no debían tener otro anhelo que el de volver a Rusia el uno y a Francia el otro.

Por esta razón, la *Dobryna* se apresuró a aparejar, y, dos horas después, no se veía ya desde su bordo lo que había quedado de Jibraltar.

El conde ruso, el capitán francés y Procopio emplearon las primeras horas de la navegación en discutir las consecuencias del inesperado hecho que acababa de revelárseles, conviniendo, al fin, en que el esferoide terrestre no tenía ya sino una circunferencia de 2.230 kilómetros, o sea, diez y seis veces menos que antes de la catástrofe.

—Es incontestable que hemos dado la vuelta a lo que queda del mundo — dijo el capitán Procopio.

—Esto explica — repuso el conde — los singulares fenómenos que hemos observado hasta ahora, pues en un esferoide reducido a tales dimensiones la gravedad es necesariamente menor, el movimiento de rotación de la tierra sobre su eje se ha acelerado de tal modo que el intervalo comprendido entre dos salidas del Sol ha quedado reducido a doce horas, y la nueva órbita que el esferoide describe alrededor del astro-rey...

Y, dicho esto, no sabiendo cómo explicar el fenómeno, enmudeció.

El capitán Procopio resolvió la duda, diciendo:

—Este fenómeno no tiene más que una explicación y es la siguiente: de la Tierra se ha desprendido un fragmento que, llevándose consigo parte de la atmósfera, recorre una órbita que no es la terrestre.

Después de esta explicación, bastante plausible, el conde ruso, el oficial francés y el capitán Procopio, verdaderamente aterrados, quedaron silenciosos.

Los tres reflexionaban.

—¡Bah!—exclamó al cabo de un rato Héctor Ser-

vadac—. Poco me importa gravitar en el mundo solar sobre un nuevo astro, con tal que Francia gravite también con nosotros.

—Francia y Rusia — agregó el conde de Timascheff.

—Y Rusia también — asintió Héctor Servadac, admitiendo la legítima reclamación del conde.

¿Había dado el capitán Procopio la verdadera explicación de la catástrofe? ¿Se había, efectivamente, separado de las demás una parte del globo terrestre? Sólo el porvenir podría solucionar el problema; pero no era temerario admitir que el marino había dado un gran paso hacia la verdad.

La *Dobryna* prosiguió la navegación, pasó al otro lado del estrecho que unía los dos extremos del Mediterráneo en los parajes de Jibraltar, y bajo la doble acción del viento y del vapor se remontó rápidamente hacia el Norte.

El 24 de febrero, a las ocho de la mañana, un marinero de la goleta, situado a proa, gritó:

—¡Una botella en el mar!

La tripulación, por orden del conde Timascheff, se apresuró a apoderarse del hallazgo.

No era una botella sino un estuche de cuero de los destinados a guardar anteojos de tamaño mediano. La sumersión de este estuche, cuya tapa estaba cuidadosamente cerrada y lacrada, era reciente; el agua no había penetrado en él.

El capitán Procopio lo examinó con mucho detenimiento y vió que el lacre conservaba la impresión de un sello en el que se leían estas iniciales: P. R.

Abierto el estuche, encontróse un papel, respetado por el agua, en el que se leía lo siguiente:

«*Galia?*

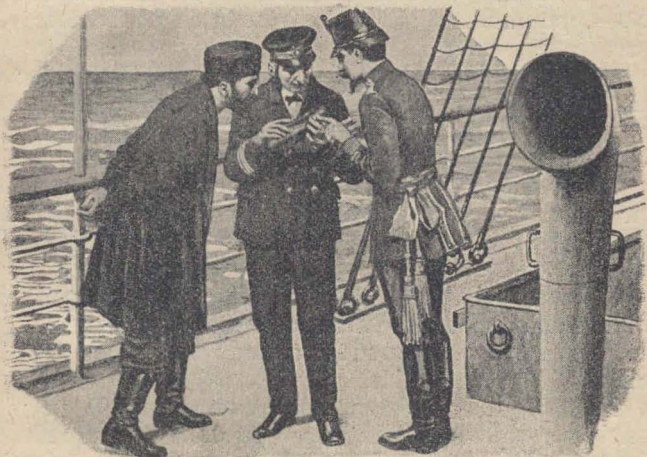
15 de febrero, distanciados del Sol 59.000.000 de leguas.

Camino recorrido de enero a febrero: 32.000.000 de leguas.

¡ Perfectamente !»

—¿Qué quiere decir esto? — preguntó el conde de Timascheff.

—Lo ignoro — respondió Héctor Servadac—. Lo



...y vió que el lacre conservaba la impresión de un sello en el que se leían estas iniciales: P. R. (Pág. 46.)

único que no admite duda es que el autor de este documento estaba vivo el 15 de febrero.

—Sin duda alguna, puesto que el escrito tiene esa fecha.

—¿Qué significa la palabra Galia? — inquirió el capitán Procopio.

—No conozco planeta alguno de este nombre.

—Este documento justifica en cierto modo la hipó-

tesis de que una parte del globo terráqueo haya sido proyectada al espacio.

—Sí — asintió Héctor Servadac — ; pero no dice de qué materia se compone nuestro asteroide.

—Sin duda — agregó el conde Timascheff —, el sabio que ha escrito el documento ha dado el nombre de Galia al nuevo astro.

—Pero no podemos calcular — dijo Héctor Servadac —, porque nos faltan instrumentos para hacer observaciones, los elementos del nuevo asteroide.

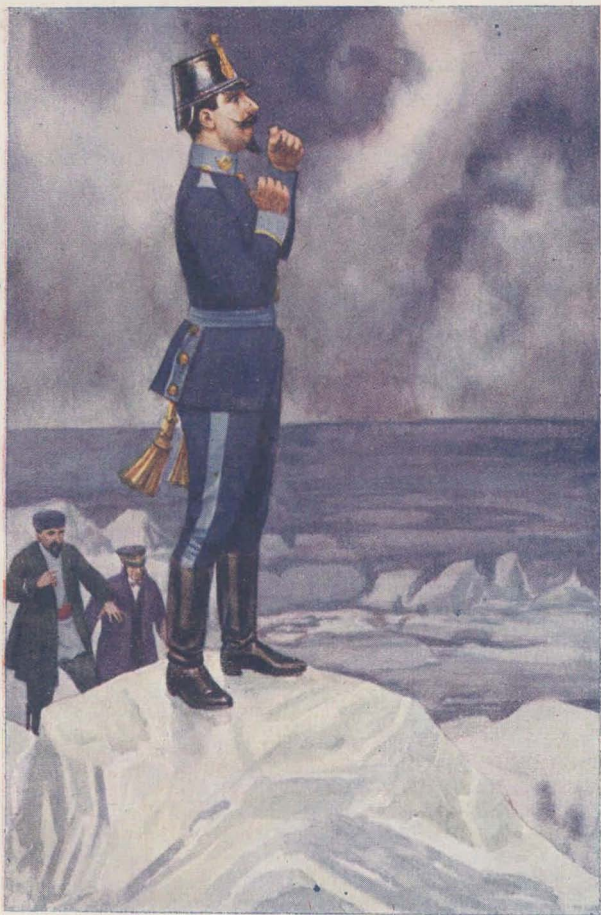
Mientras tanto la *Dobryna*, después de doblar el enorme promontorio que le cerraba el camino del Norte, dirigíase hacia donde debía proyectarse el Cabo de Creus, pero de éste no quedaba nada.

Allí comenzaba la frontera francesa y puede suponer el lector los pensamientos que agitarían a Héctor Servadac al ver que el suelo de su patria había sido substituído por otro.

Delante del litoral francés, del que no se veía absolutamente nada, levantábase una barrera impenetrable, erguida, como un muro cortado a pico, de más de mil pies de altura.

El capitán francés se sintió como aterrado en presencia de aquella realidad, y preguntábase si todo lo que quedaba de su país estaría reducido a la estrecha lengua de territorio argelino, a aquella isla Gurbi, a la que sería preciso volver.

—Sin embargo — decía repetidamente el conde Timascheff —, Galia no termina en esta costa inaccesible, y es preciso averiguar lo que hay más allá. ¿No encontraremos un paso, una playa para desembarcar en esta costa? ¿No habrá medio de escalar esa muralla para contemplar, siquiera durante un momento, el país que su altura nos oculta?



Héctor Servadac, al encontrarse en la cumbre, exhaló un grito de angustia. Francia había desaparecido. (Pág. 50.)

VII

La *Dobryna* navegaba rasando la alta muralla sin encontrar la más pequeña ensenada donde pudiera refugiarse, ni ver el más pequeño escollo en que la tripulación pudiese poner el pie.

El litoral era siempre el mismo : una peña lisa, cortada a pico y coronada por un extraño cruzamiento de láminas cristalizadas.

La goleta, forzando las máquinas, marchó rápidamente hacia el Este.

El 24 de febrero llegó a la altura del cabo Antibes, donde con gran sorpresa de los exploradores, se halló una estrecha quebradura que cortaba la peña de alto a bajo.

En su base, extendíase una pequeña playa a la que con facilidad podía llegar una canoa.

— ¡ Gracias a Dios, podemos desembarcar ! — exclamó Héctor Servadac, lleno de júbilo.

Y como todos los tripulantes tenían los mismos deseos de pisar tierra que el capitán francés, a las siete de la mañana, el conde, Servadac y Procopio desembarcaron en la playa, evidentemente un trozo del antiguo globo, que apenas tenía algunos metros de superficie.

Los exploradores lanzáronse inmediatamente hacia el barranco que deseaban atravesar.

Aquel barranco estaba seco, como si jamás hubiese precipitado por él sus aguas ningún torrente.

Sin embargo, aunque allí no había vestigio alguno de humedad, podía preverse que, cuando las condiciones climáticas cambiasen por completo, aquel barranco

podría servir algún día para desagüe de considerables masas líquidas.

Efectivamente, en muchos parajes brillaban en las pendientes algunas manchas de nieve que en las elevadas crestas de los peñascos eran más espesas.

—He aquí — dijo el conde Timascheff — las primeras señales de agua dulce que encontramos en la superficie de Galia.

—Sí — asintió el capitán Procopio—, y seguramente habrá a mayor altura no sólo nieve sino hasta hielo, formado bajo la influencia del frío que aumenta incesantemente. Si Galia tiene forma esferoidal, debemos estar muy cerca de sus regiones árticas. La noche no debe ser aquí completa jamás, como ocurre en los polos terrestres, y el frío será excesivo si Galia se aleja del centro del calor.

—¿No habrá que temer — inquirió Héctor Servadac — que el frío llegue a ser tan intenso, que extermine a todo ser viviente?

—No — respondió el marino—; porque, aunque nos alejemos mucho del Sol, el frío no pasará de los límites asignados a los espacios siderales, o sea, de sesenta grados centígrados bajo cero.

—O lo que es lo mismo — dijo el conde Timascheff—, de treinta grados bajo cero, temperatura que ha sido ya soportada por los navegantes ingleses en los mares del Polo.

Los exploradores, que se encontraban ya a unos seiscientos pies de altura, se detuvieron un instante para tomar aliento. Afortunadamente las estrías de la substancia mineral que formaba el lecho del torrente facilitaban su marcha, y hora y media más tarde llegaron a la cima de aquella muralla, que dominaba el mar al Sur y al Norte.

Héctor Servadac, al encontrarse en la cumbre, exhaló un grito de angustia. Francia había desaparecido.

La nueva región que descendía bruscamente, al otro

lado de la muralla, estaba formada por una aglomeración de materias cristalizadas bajo la forma de prismas exagonales, y en cuanto abarcaba la vista, hasta los límites del horizonte, no había vestigio alguno de tierra europea.

El capitán Servadac, inmóvil en la cima de una roca cubierta de hielo, contemplaba el territorio que se extendía a sus pies, negándose a creer que Francia hubiera estado allí nunca.

—¡Conde Timascheff! — gritó—. Venga usted, atravesemos este territorio helado y continuemos buscando.

Y, al decir esto, avanzó unos veinte pasos, en busca de un sendero practicable en medio de las láminas exagonales de la muralla; pero, de pronto, se detuvo.

Sus pies acababan de tropezar con un trozo de piedra labrada, oculto por la nieve.

Lo recogió.

Era un fragmento de mármol amarillo, en el que se veían las letras: *Vil...*

—¡Villa! — exclamó el capitán francés, dejando caer el trozo de mármol, que se hizo mil pedazos.

De aquella villa, edificada casi al extremo de Antibes, ¿qué quedaba a la sazón? Nada, ni siquiera el trozo de mármol que se había reducido a polvo.

El conde ruso se acercó a Héctor Servadac, y le dijo gravemente:

—Capitán, recuerde la divisa de la familia Hope.

—No conozco esa divisa.

—Es la siguiente: *Orbe fracto, spes illæsa* (1), y ésta debe ser también nuestra divisa en estos momentos.

—Volvamos, pues, a la isla Gurbi, que es casi un

(1) Destruído el mundo, queda la esperanza.

pedazo de Francia — dijo tristemente Héctor Servadac—. No nos queda otro recurso.

—Volveremos — repuso el capitán Procopio — cuando hayamos explorado, hacia el Norte, desde el punto en que se proyectaba en otro tiempo el cabo de Antibes hasta la entrada del estrecho que se abre sobre las aguas de Jibraltar y, hacia el Sur, desde el golfo de Gales hasta ese mismo estrecho. ¿Quién sabe si algún oasis del desierto africano se habrá librado de la catástrofe?

—Efectivamente — asintió el conde Timascheff—, debemos completar el plano hidrográfico de este nuevo mar.

—¿Hemos de hacer eso ahora o lo dejamos para más adelante? — preguntó Héctor Servadac.

—Debemos utilizar la *Dobryna* mientras pueda servirnos — replicó Procopio—, porque la temperatura decrece continuamente, Galia sigue una curva que cada vez se aleja más del Sol, pronto estará sometida a fríos excesivos, el mar se helará y la navegación se hará completamente imposible.

—Dices bien, Procopio — aprobó el conde Timascheff—. Veamos si se ha librado de la catástrofe algún trozo de Europa y socorramos, si podemos, a los seres que hayan sobrevivido. Es necesario averiguar esto, antes de volver al sitio en que debemos invernar.

Y, en efecto, el 25 de febrero abandonó la goleta la pequeña ensenada en que se había refugiado momentáneamente y, siguiendo el litoral del Norte, se dirigió, a toda máquina, hacia el Este.

El termómetro marcaba dos grados bajo cero, pero el mar no se había helado aún y la *Dobryna* continuaba navegando sin obstáculos. Sin embargo, era preciso apresurarse.

El día 26 una larga proyección del litoral obligó a la goleta a bajar hasta el extremo de la antigua Córcega, de la que no quedaba vestigio alguno, y el 27 se

divisó, hacia el Este, un islote, cuya situación hacía suponer que pertenecía a la punta septentrional de Cerdeña.

La *Dobryna* acercóse a él y, a los pocos instantes, el conde Timascheff y Héctor Servadac desembarcaron en un verde prado de una hectárea de superficie.

En el islote había tres o cuatro olivos viejos y algunos grupos de mirtos y lentiscos, pero parecía completamente abandonado por los seres vivientes.

Ya se disponían los exploradores a abandonar el islote, cuando vieron saltar una cabra entre las rocas.

Era una cabra doméstica, de pelo negro y cuernos pequeños y regularmente arqueados, que, lejos de huir de los hombres, corrió hacia ellos, invitándoles con sus saltos y balidos a que la siguiesen.

—Este animal — dijo Héctor Servadac — no se encuentra solo en este islote. Sigámoslo.

Y así lo hicieron efectivamente el capitán francés y el conde ruso, quienes no tardaron en llegar a una especie de terrado cubierto por un grupo de lentiscos.

Allí se encontraba una niña de unos siete a ocho años de edad, linda como un ángel de Murillo, quien, al ver acercarse a los exploradores, se apresuró a salirles al encuentro.

—¿Verdad que no sois malos? — les dijo, tendiéndoles las manos con la encantadora confianza de la inocencia.

—Nada temas, hija mía — le contestó el conde Timascheff—. Queremos ser tus amigos.

Y quedóse contemplando a la niña, cuyos ojos negros parecían iluminados por una especie de fulgor singular.

—¿Cómo te llamas? — siguió preguntando el conde.

—Nina.

—¿Sabrás decirnos dónde nos encontramos?

—En Magdalena — respondió la niña—. Todo ha cambiado de repente.

Magdalena era una isla situada al norte de la Cerdeña, cerca de Caprera, que había desaparecido en el desastre.

Los exploradores continuaron interrogando a Nina y por ella supieron : que se encontraba sola en el islote ; que había perdido a sus padres ; que guardaba cabras ;



...al ver acercarse a los exploradores, se apresuró a salirles al encuentro. (Pág. 53.)

que en el momento de la catástrofe, habíase hundido todo en derredor de ella ; que sólo había quedado de la isla de la Magdalena aquel trozo de terreno ; que ella y *Marzy*, su cabra favorita, eran los únicos supervivientes de la catástrofe ; que había tenido mucho miedo, pero que al ver que la tierra ya no se movía, se había tranquilizado, y que había vivido hasta entonces con la esperanza de que llegara algún barco y la recogiera.

—Tenemos, pues — dijo Héctor Servadac—, un habitante más en Galia, y el más bonito sin duda.

Y, al decir esto, besó a la niña con ternura.

Media hora después, Nina y *Marzy* estaban cómodamente instaladas a bordo de la goleta, donde fueron recibidas muy cariñosamente por toda la tripulación.

Los marineros rusos, que eran todos muy religiosos, consideraron a la niña como un ángel bueno y no faltó alguno que la examinó muy atentamente para ver si tenía alas.

Desde el primer momento le llamaron todos la *Virgencita*.

La *Dobryna* reanudó la navegación hacia el Sudoeste, y pronto encontró el nuevo litoral, cincuenta leguas más adentro de la antigua orilla italiana.

Ya llevaban los exploradores varios días recorriendo el mar, cuando el conde Timascheff preguntó a Héctor Servadac :

—¿Cree usted, puesto que nuestro viaje de circunnavegación debe conducirnos nuevamente a Jibraltar, que debemos dar a conocer a los ingleses el nuevo estado de cosas?

—¿Para qué? Ellos saben dónde está la isla de Gurbi y, si les conviene, pueden venir, cuando se hiele el mar, a reunirse con nosotros. Nos vengaremos de la acogida que ellos nos dispensaron...

—Acogiéndolos mejor que ellos a nosotros — interrumpió el conde Timascheff.

—Indudablemente, porque ya no hay franceses, ni ingleses, ni rusos.

—El inglés es siempre y en todas partes inglés.

La temperatura no cesaba de bajar y el capitán Procopio temía que de un momento a otro se helara el mar alrededor de la goleta.

Por esta causa y porque el carbón iba agotándose poco a poco, los exploradores decidieron el 5 de marzo

volver a la isla de Gurbi, de la que, a la sazón, no distaba la goleta más que veinte leguas.

Al recorrer esta distancia fué hallado en el mar otro objeto flotante, del que los exploradores se apresuraron a apoderarse.

Era un barrilito de conservas perfectamente tapado y lacrado y con las mismas iniciales que el estuche *pescado* anteriormente.

El documento que el citado barrilito contenía decía lo siguiente :

«Galia (?)».

Distancia del Sol el 1.º de marzo: 78.000.000 de leguas.

Camino recorrido desde febrero a marzo: 53.000.000 de leguas.

Todo va bien.

¡Encantado !»

—¡ Ni dirección ni firma ! — exclamó el capitán Servadac—. Esto parece una burla.

—Es, por lo contrario, cosa muy seria — rectificó el conde Timascheff.

—Pero, ¿quién es este sabio que no nos dice dónde vive?

Antes que el conde Timascheff pudiese contestar a esta pregunta de Héctor Servadac, apresuróse a decir el capitán Procopio.

—Si este documento es serio, y no hay motivo para creer lo contrario, demuestra dos cosas. La primera es que la celeridad de traslación de Galia ha disminuído, y la segunda que la distancia de Galia al Sol ha aumentado, de donde resulta que, a medida que Galia se aleja del Sol, disminuye la celeridad de su movimiento de traslación, de conformidad con las leyes de la mecánica celeste.

—El autor del documento — agregó el conde

Timascheff — sigue dando el nombre de Galia al nuevo astro en que estamos, y, en consecuencia, propongo que llamemos a este mar el Mar Galiano.

—Bien — asintió Procopio—; cuando trace nuestro nuevo mapa le daré a este mar el citado nombre.

Pocas horas después, el vigía de la goleta anunciaba la proximidad de la isla de Gurbi.

La *Dobryna*, que había dejado la isla el 31 de enero, volvía a ella el 5 de marzo, o sea a los 35 días (porque el año terrestre era bisiesto), que correspondían a 70 días galianos, puesto que setenta veces había pasado el Sol por el meridiano de la isla.

Antes de llegar la goleta al puerto de Cheliff, observó Héctor Servadac que a cien pies por encima del suelo de la isla Gurbi extendíase una nube, especie de masa espesa que subía y bajaba en la atmósfera; pero, cuando la *Dobryna* estuvo a pocos cables de la costa, vióse que aquella nube no era sino una aglomeración de aves, tan juntas unas de otras en el aire como las bandadas de arenques en el mar. De esta nube de aves partían gritos atronadores, a los que parecían responder incesantes detonaciones.

La *Dobryna* ancló, al fin, en el puertecito de Cheliff, en el mismo momento en que un hombre con un fusil en las manos lanzóse de un salto sobre las primeras rocas.

Era Ben-Zuf, que se precipitó a recibir a su capitán, a quien besó la mano con ternura.

—¡Miserables! ¡Bandidos! — exclamó en seguida el asistente—. Ha hecho usted bien en venir, mi capitán, porque estos endiablados pájaros han invadido la isla y no van a dejarnos ni un solo grano de trigo.

Y así era la verdad, los granos que habían medrado con gran rapidez a causa de los grandes calores de enero, se hallaban expuestos a las depredaciones de millares de aves, a las que Ben-Zuf no podía alejar a pesar

de que pasaba el tiempo disparando contra ellas su fusil.

—Ya veremos lo que conviene hacer — dijo Héctor Servadac a su asistente.

—¿Se sabe — preguntó Ben-Zuf — qué ha sido de nuestros compañeros de Africa?

—Continúan en Africa — respondió Servadac—; pero Africa ya no existe.

—¿No hay Africa? Habrá Francia.

—Sí, debe haber; pero está muy lejos, Ben-Zuf.

—¿No volveré a ver Montmartre? ¡Bah! ¡Como si fuera posible que Montmartre desapareciera!

—Bien. Comencemos por instalarnos en la isla como si debiéramos permanecer aquí toda la vida.

Y, dicho esto, Héctor Servadac, el conde Timascheff, el capitán Procopio, Nina y *Marzy* se encaminaron a la vivienda, levantada ya por el laborioso asistente, y donde el capitán francés ofreció hospitalidad a sus huéspedes.

El cuerpo de guardia estaba en buen estado y *Galatea* y *Zéfiro* tenían buena cuadra.

Los recién desembarcados celebraron consejo acerca de lo que convenía hacer para asegurar los medios de subsistencia en la isla.

Lo más grave era el alojamiento para el porvenir, mientras durasen los fríos terribles que sería necesario arrostrar en tanto que *Galia* recorriese los espacios interplanetarios, porque quizá habían de transcurrir muchos años antes que el asteroide volviese hacia el Sol.

La alimentación no ofrecía dificultades por el momento, y, respecto a la bebida, nada había que temer porque las llanuras estaban surcadas por varios arroyos y porque, si el frío congelaba el mar, el hielo proporcionaría líquido potable en abundancia.

Pero, ¿cómo proveerse de combustible? Carbón no había y los árboles eran pocos.

—La población de *Galia* — dijo Héctor Servadac—

se compone, por el momento, de ocho rusos, dos franceses y una niña italiana, o sean, once personas a quienes la isla de Gurbi tiene que alimentar.

—Veintitrés, mi capitán — rectificó Ben-Zuf.

—¿Qué dices?

—Que los habitantes de la isla somos veintitrés.

—Si no te explicas, no nos entenderemos, Ben-Zuf.

—Es que no he tenido tiempo de explicar nada. Mientras usted ha estado ausente, hemos tenido gente a comer.

—¿Qué gente es ésa?

—Vengan ustedes — dijo Ben-Zuf—. Ya ven que los trabajos han adelantado mucho y yo solo no podría haber hecho todo esto.

—Efectivamente — asintió el capitán Procopio.

—Vengan ustedes — insistió Ben-Zuf—. Sólo tenemos que andar dos kilómetros, pero cojamos los fusiles para ahuyentar a los malditos pájaros.

Héctor Servadac, el conde Timascheff y el capitán Procopio siguieron a Ben-Zuf, dejando en la cabaña a Nina y a la cabra de ésta.

Durante el trayecto dispararon repetidas veces las armas contra la nube de volátiles que se extendía sobre sus cabezas, ocasionando numerosas víctimas.

Ben-Zuf se encaminó en dirección oblicua, a través de la llanura, y, al cabo de diez minutos, merced a su ligereza específica, habían recorrido Héctor Servadac y sus compañeros los dos kilómetros anunciados por el asistente.

Llegaron, pues, a una vasta espesura de sicomoros y eucaliptos, al pie de un montículo, donde se detuvieron todos.

—¡Bandidos! ¡holgazanes! ¡perdidos! — exclamó Ben-Zuf, pateando el suelo—. ¡Otra vez han abandonado el trabajo!



...estos bribones quieren robarme. ¡Justicia, señor gobern ador, justicia! (Pág. 61.)

Y, al decir esto, mostraba diversos instrumentos agrícolas, diseminados por tierra.

—Pero, ¿quiéres explicarme de qué se trata, Ben-Zuf? — preguntó Héctor Servadac, impacientándose.

—¡Silencio, mi capitán! — recomendó el asistente—. Escuche usted; no me había engañado.

Héctor Servadac y sus compañeros prestaron atención y oyeron una voz que cantaba al son de una guitarra, mientras unas castañuelas, hábilmente maneja-cas, llevaban el compás.

—¡Españoles! — exclamó el capitán Servadac.

—Sí, es una gente que siempre está alegre.

—Pero, ¿de dónde han venido?

—Escuche usted — dijo Ben-Zuf, sin responder a la pregunta de su amo—. Ahora gruñe el viejo.

Y, mientras la voz continuaba cantando, otra voz cascada gritaba sin cesar :

—Tenéis que pagarme, tunantes. ¡ Quiero mi dinero !

—Ese viejo que grita es un judío — dijo Héctor Servadac.

—Sí, es un judío alemán — confirmó Ben-Zuf.

Ya se disponían los dos franceses y los dos rusos a penetrar en la espesura, cuando los detuvo un curioso espectáculo.

Los españoles habían empezado a bailar un fandango, y como el peso de los bailadores, lo mismo que el de todos los objetos situados en la superficie de Galla, había disminuído notablemente, aquéllos se elevaban en el aire a una altura de treinta a cuarenta pies, resultando sumamente cómico el verlos aparecer y reaparecer por encima de los árboles.

Héctor Servadac, el conde Timascheff, el capitán Procopio y Ben-Zuff penetraron en la espesura y se detuvieron en una plazoleta, donde un hombre que tocaba una guitarra y otro que hacía sonar unas castañuelas se descoyuntaban de risa, contemplando a cuatro vigorosos mozos que levantaban consigo, al bailar, a un anciano.

Al presentarse Héctor Servadac y sus compañeros, cesó la música y concluyó el baile.

El judío se apresuró a presentarse a Héctor Servadac, y, hablando en francés, pero con acento alemán, dijo :

—Señor gobernador general, estos bribones quieren robarme. ¡ Justicia, señor gobernador, justicia !

Héctor Servadac miró a Ben-Zuf, como interrogándole, y el asistente se apresuró a explicar :

—Sí, mi capitán ; ya he arreglado este asunto, y usted es el gobernador general de esta isla.

Héctor Servadac dijo, por señas, al judío que callara, y éste inclinó la cabeza y cruzó los brazos con humildad.

VIII

Isaac Hakhabut, que éste era el nombre del judío alemán, representaba más de sesenta años de edad, pero no tenía sino cincuenta.

Era pequeño, flaco, de ojos vivos, nariz aguileña, barba rojiza, cabellera enmarañada, pies grandes, manos largas y dedos engarabitados. Había nacido en Colonia, y poseía una urca, la *Hansa*, en la que vivía y en la que recorría constantemente el Mediterráneo, ejerciendo el comercio de cabotaje.

La *Hansa*, almacén y tienda flotante a un tiempo, era una urca de doscientas toneladas, cuya tripulación estaba reducida a un patrón y tres marineros, que bastaban para la maniobra y que no se encontraban a bordo la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero, en que ocurrió la catástrofe, y que, por consiguiente, habían desaparecido como otros muchos.

Las últimas rocas de Ceuta, situadas frente a Gibraltar, como ya creemos haber dicho, se habían librado del cataclismo, y en ellas se encontraban diez españoles, todos andaluces, que no sospecharon siquiera lo que acababa de ocurrir.

Cuando estos diez hombres, que tenían por jefe a un individuo apodado *Negrete*, se vieron solos y abandonados en las rocas de Ceuta, se sobrecogieron; pero, como la *Hansa* estaba allí con su propietario, al concluirse las provisiones, obligaron al judío a que los recibiera a bordo y a que desplegara le vela para transportarlos al punto más inmediato de la costa marroquí.

El judío estipuló el precio del pasaje, que los españoles aceptaron, pero que no pensaron pagar, y a esta

circunstancia se debió que Ben-Zuf viera una mañana aparecer en el horizonte un buque que en nada se parecía a la *Dobryna* y que, impulsado por el viento, entró en el puerto de Cheliff y se detuvo en la orilla derecha del río.

Era la *Hansa* que, merced a haberse dejado llevar por el viento, había podido navegar sin tripulación.

La urca llevaba un buen cargamento y, dadas las circunstancias, nadie podía extrañar que se decomisasen las mercancías en beneficio de la comunidad.

En cuanto a las dificultades existentes entre el judío y los españoles, Ben-Zuf había dicho, la primera vez que los oyó disputar por el importe del pasaje, que las resolvería, cuando regresase, el señor gobernador general que entonces estaba girando una visita de inspección.

Esto fué lo que explicó el asistente a su amo, a quien hizo reír.

Servadac prometió al judío que se le haría justicia, y éste se retiró satisfecho.

—Pero, ¿cómo ha de poder pagarle esta gente? — preguntó el conde Timascheff.

—Tienen dinero — respondió Ben-Zuf.

—¿Españoles y dinero? — replicó el conde—. No se puede creer.

—Pues lo tienen, porque lo he visto. Es dinero inglés — insistió Ben-Zuf.

—Bien — dijo Héctor Servadac—, ya arreglaremos este asunto—. Y luego, dirigiéndose al conde Timascheff, agregó—: Ya tenemos en Galia varios ejemplares de las diversas naciones de la vieja Europa.

—Efectivamente — asintió el noble ruso—, tenemos indígenas de Francia, de Rusia, de Italia, de España, de Inglaterra y de Alemania.

Los españoles, incluyendo un muchacho de doce años, llamado Pablo, eran diez, quienes hicieron una acogida respetuosa a aquel de quien les había dicho

Ben-Zuf que era el gobernador general de la provincia, y, después de haber dejado de bailar, reanudaron el trabajo.

Héctor Servadac y sus compañeros, seguidos a respetuosa distancia por el judío, se encaminaron hacia la parte del litoral en que estaba la *Hansa*, guarecida por algunas rocas y muy expuesta a deshacerse contra la costa si llegaba a soplar un viento algo fuerte.

Al llegar allí, el capitán Servadac y el capitán Procopio se embarcaron en el bote de la *Hansa* y momentos después entraron en la tienda flotante.

El buque se encontraba en perfecto estado y en su bodega había centenares de panes de azúcar, cajas de té, sacos de café, bocoyes de tabaco, pipas de aguardiente, toneles de vino, barriles de arenques secos y otra infinidad de comestibles, ropas, calzado y otros muchísimos objetos de suma utilidad, por valor de unos cien mil francos.

—Este cargamento es una mina para nosotros— dijo el capitán Servadac.

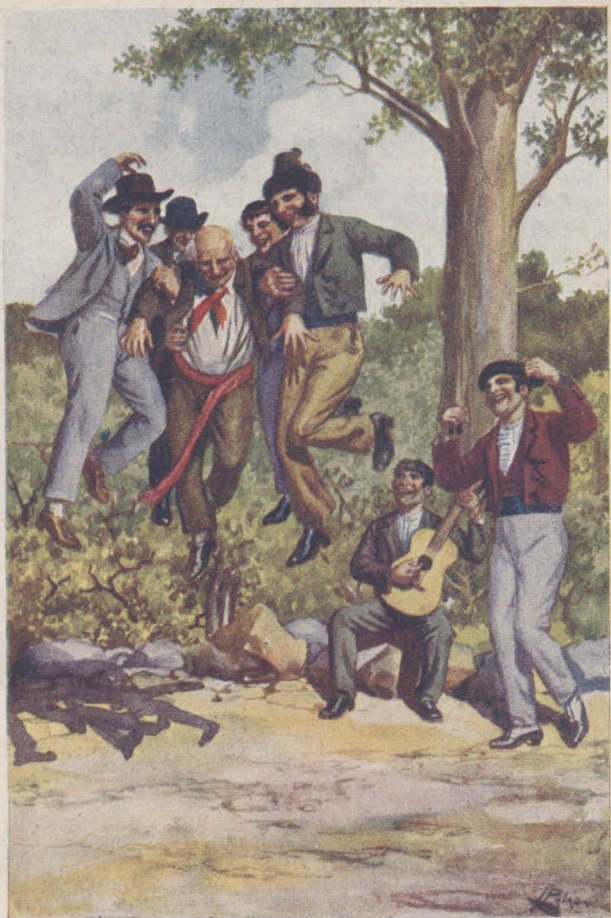
—Efectivamente — asintió el capitán Procopio— : pero no podemos dejar aquí la urca, porque se perdería al primer golpe de viento.

—Mañana, usted y su tripulación la llevarán al puerto de Cheliff.

Hecho el inventario de la *Hansa*, Héctor Servadac y el capitán Procopio desembarcaron. Entonces, se acordó que toda la colonia se reuniera en la cabaña del capitán francés, y, una hora después, los veintidós habitantes de la isla se encontraban en la sala grande del cuerpo de guardia, donde Pablo y Nina se vieron por vez primera.

Héctor Servadac tomó la palabra para dar a conocer a los españoles y al judío la verdadera situación.

—Amigos míos — les dijo—, un fenómeno, cuya explicación no hemos encontrado hasta ahora, nos ha separado de toda Europa, quedando sólo esta isla en



...contemplando a cuatro vigorosos mozos que levantaban consigo, al bailar, a un anciano. (Pág 61.)

HÉCTOR.—5

que nos encontramos. Es verosímil que no estemos ya en la Tierra sino en un fragmento del globo, que nos lleva consigo a través del espacio, y no se puede prever si volveremos jamás a ver nuestro antiguo mundo.

Al oír este breve discurso, *Negrete* conferenció con sus compañeros, que parecieron someterse a las circunstancias sin impresionarse; pero el judío se sonrió disimuladamente.

Héctor Servadac, en vista de que nada decía, le preguntó si pensaba hacerse a la mar y dirigirse a Argel, del que no quedaba vestigio alguno.

—Supongo — repuso el judío hablando en ruso para que sólo lo entendiera el conde Timascheff y los marineros de la *Dobryna* — que el señor gobernador general ha querido reírse de los españoles y que lo que acaba de decir no es cierto.

El conde Timascheff le volvió la espalda sin contestar.

—Esos cuentos — prosiguió en francés, dirigiéndose a Héctor Servadac — son buenos para obligar a los españoles a obedecer; pero a mí no pretenderá engañarme.

Y, luego, acercándose a Nina, prosiguió en italiano:

—¿Verdad que todo eso es una burla? — y se retiró de la reunión, encogiéndose de hombros.

—¡Ese tío sabe hablar en todos los idiomas! — exclamó Ben-Zuf.

—Sí — asintió Héctor Servadac —; pero, sea cualquiera el idioma en que se exprese, siempre será un judío el que habla.

Al día siguiente, 6 de marzo, Servadac mandó conducir la urca del judío al puerto del Cheliff, y, hecho esto, todos emprendieron con ardor el trabajo para adaptar a las necesidades de la colonia el cuerpo de guardia que, por el momento, debía servir de alojamiento común. En él se acomodaron efectivamente los españoles.

les, mientras que los rusos quedaron en su goleta y el judío en su urca.

Pero esto no era más que una solución provisional, porque, cuando llegase el invierno y se dejase sentir el frío de los espacios interplanetarios, sería imposible soportar la temperatura en la casa de piedra, careciendo de combustible.

Era preciso, pues, hacer excavaciones profundas para refugiarse en ellas, y ésta fué efectivamente la resolución que se adoptó.

El sitio elegido para este objeto fué una pequeña eminencia del terreno, situada a la derecha del cuerpo de guardia, y toda la colonia trabajó en hacer la excavación y en extraer las tierras provechosamente durante el primer día; pero cuando se llegó a una profundidad de ocho pies, los picos chocaron contra una sustancia tan dura, que todos los esfuerzos realizados para romperla fueron completamente inútiles.

Era la misma materia desconocida del litoral del Mar Galiano y del subsuelo marino.

Avisado de lo que ocurría Héctor Servadac, repuso contrariado :

—Desconozco este mineral e ignoro cómo un fragmento de nuestro globo ha podido formarlo; pero, si no logramos abrir un silo, moriremos de frío muy pronto.

El termómetro bajaba cada día más; ya se había formado hielo en las rocas, y, como después de explorar detenidamente toda la isla y de practicar varios sondeos, se adquirió la convicción de que era imposible perforar la dura armazón a pocos pies debajo de la superficie del suelo, se decidió recoger todo el combustible posible y refugiarse toda la colonia en el cuerpo de guardia.

Ya estaban resignados a perecer de frío, cuando Dios quisiera, todos los individuos de la colonia, no obstante lo cual Héctor Servadac y el capitán Procopio no cesaban de hacer exploraciones.

Una mañana, el 10 de marzo, el capitán de la goleta que con el capitán francés había ido a explorar la punta Sudoeste de la isla, detúvose de pronto en medio de su conversación, pasóse la mano por los ojos como para convencerse de que la vista no le engañaba, y extendiendo un brazo en dirección hacia el Sur, exclamó :

—¡ Allí hay fuego !

—Es nuestra salvación — repuso Héctor Servadac, mirando con extrema atención hacia donde había indicado el marino.

—¡ Es un volcán ! ¡ El volcán cuya punta hemos doblado al volver con la *Dobryna* !

—Capitán Procopio, ésa es la habitación que buscamos. Mañana iremos a reconocerla.

Y, efectivamente, en la mañana del 11 de marzo, Procopio, Servadac y el conde se embarcaron en una chalupa de vapor de que iba provista la *Dobryna* y salieron del puerto de *Cheliff*, con gran asombro de Ben-Zuf, que ignoraba de lo que se trataba.

Media hora después, los exploradores desembarcaron en la parte de la costa opuesta a las pendientes por donde descendía la lava del volcán al mar, teniendo la suerte de encontrar, al poco rato, detrás de una elevada cortina de rocas, un oscuro túnel abierto en el plano de la montaña.

Los tres hombres penetraron decididamente en aquel orificio, situado a veinte metros sobre el nivel del mar, y, avanzando a rastras, oyeron el ruido del volcán, que iba aumentando a medida que ellos adelantaban.

De pronto, iluminóse la galería con vivo resplandor y apareció ante los exploradores una caverna resplandeciente de luz.

Era un torrente de lava que se precipitaba dentro de una cuenca que iba a dar al mar.

Todos los habitantes de Galia, más los caballos y



Los tres hombres penetraron decididamente en aquel orificio... (Pág. 67.)

buen número de animales domésticos podían alojarse allí cómodamente.

La enorme excavación era el ensanche formado por unos veinte túneles que, después de ramificarse por el interior de las rocas, terminaba en aquel sitio, donde reinaba una temperatura notablemente elevada como si el calor pasara a través de los poros minerales del monte.

—Si los fuegos interiores de Galia salen por esta sola boca — dijo el conde Timascheff —, la erupción puede durar varios siglos.

Los exploradores regresaron inmediatamente a la isla de Gurbi, y, como no se podía perder tiempo, porque la *Dobryna* iba a quedar pronto aprisionada entre los hielos y sería imposible navegar, durante los tres

días siguientes hízose el traslado de las personas, animales y víveres a la caverna. A aquella parte de la costa se le dió el nombre de *Tierra Caliente*.

La Providencia, que no desampara jamás a los desvalidos, fué bendecida por todos como debía serlo, por haberles deparado aquel medio de salvación.

La caverna tenía varias ramificaciones y merced a esto la colonia pudo alojarse con comodidad.

El único que se resistió a trasladarse fué el judío que no creía en modo alguno que hubiese habido un cataclismo, por lo que fué necesario embarcarlo a viva fuerza y apoderarse de su urca para llevarla a la ensenada de *Tierra Caliente*, donde quedó sólidamente amarrada.

El 20 de marzo quedó completamente terminada la instalación de los habitantes de Galia en su nueva residencia y, para celebrar el fausto acontecimiento, se hizo por la noche una buena comida, cuyos manjares fueron aderezados al fuego volcánico, a cuyo efecto se abrió a los filetes de la lava incandescente nuevas salidas dirigiéndolos a varios sitios para que pudieran ser utilizados en las necesidades cotidianas.

Después de la comida, se cantó, se tocaron la guitarra y las castañuelas y se bailó por casi todos los individuos de la colonia, con gran satisfacción del señor gobernador general y del conde Timascheff, en honor de los cuales se habían pronunciado muchos brindis durante el banquete.

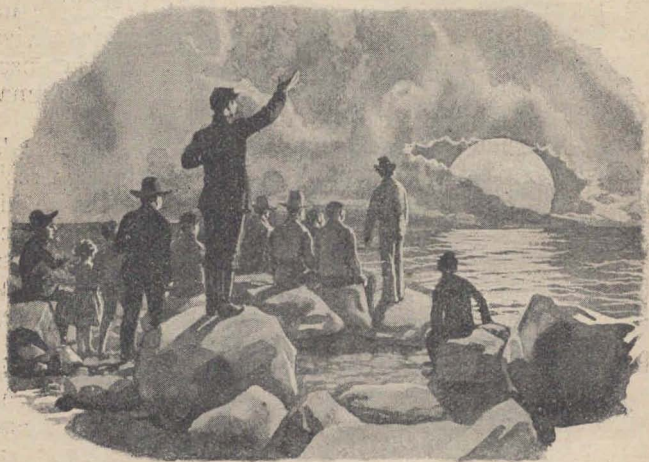
El judío no quiso abandonar su urca y, por consiguiente, no tomó parte en la fiesta que terminó a las nueve de la noche.

Como, a consecuencia de la bebida y del baile, casi todos los individuos de la colonia estaban algo sofocados y tenían calor, la mayoría de ellos entraron en la galería principal de la caverna, que daba al litoral de *Tierra Caliente*, para tomar el aire.

Servadac, Procopio y el conde Timascheff, que los

seguían a paso moderado, oyeron de pronto gritos que les impulsaron a apresurar la marcha. Los tres quedaron sorprendidos cuando, al llegar al orificio de la galería, vieron a toda la gente agrupada sobre las rocas, y a Ben-Zuf en actitud extática, con la mano dirigida hacia el cielo.

—¡ Ah, señor gobernador general ! — exclamó jubiloso, al presentarse Servadac—. ¡ La Luna !



Y, en efecto, la Luna se presentaba en aquel momento por primera vez en el horizonte de Galia.

Servadac, Procopio y el conde Timascheff se apresuraron a examinar el satélite de la Tierra con los anteojos y, después de una detenida discusión científica, convinieron en que aquel astro no era, probablemente, sino algún asteroide que Galia había capturado al atravesar la zona de los planetas telescópicos.

La primera noche pasada en las entrañas de *Tierra*

Caliente transcurrió sin incidente alguno, y al día siguiente se organizó la vida de un modo definitivo.

Servadac no quería que los habitantes de Galia estuvieran ociosos y distribuyó el trabajo de manera que a ninguno faltase ocupación útil.

El cuidado de los animales domésticos, la preparación de las conservas alimenticias, el ensanche de las galerías subterráneas en algunos sitios y otros muchos trabajos que hubo que ejecutar, no dejaron ociosos los brazos ni un instante.

El 23 de marzo, a las tres horas de haberse ocultado el Sol, se levantó la Luna en el horizonte opuesto, es decir, había entrado en su última fase, lo que le aseguraba un período de visibilidad de una semana. Las lunaciones, por consiguiente, sólo tenían quince o diez y seis días de duración.

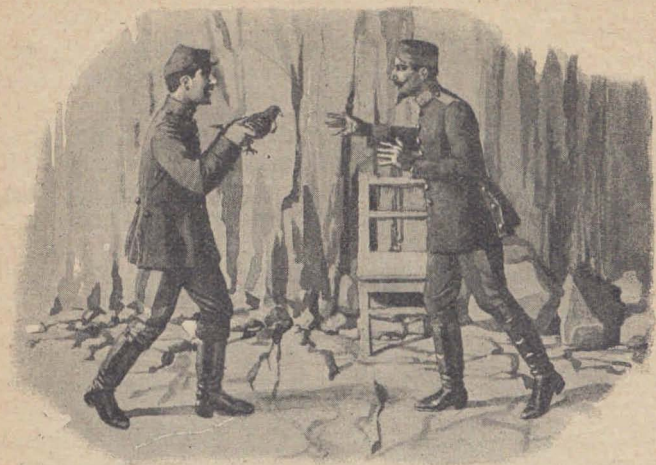
Entre tanto, la temperatura iba descendiendo progresivamente y el termómetro marcaba ya quince grados bajo cero, y, al mismo tiempo que el calor, disminuía la luz como si el disco solar estuviera eclipsado.

El mar se había congelado en toda su extensión, y el capitán Procopio había comprobado, en la última visita que hizo a la isla Gurbi, que el campo de hielo se perdía de vista por el Norte, por el Este y por el Oeste.

Un solo punto del mar había resistido a la solidificación y era la especie de caverna central, adonde iban a parar las lavas incandescentes del volcán.

En la isla de Gurbi había desaparecido la tierra cultivada, y las aves que se habían refugiado allí tuvieron que emigrar, yéndose a *Tierra Caliente*; pero, como este pequeño continente no tenía alimento que ofrecerles, los volátiles, en vez de huir del hombre, lo buscaban, concluyendo por invadir la caverna.

Fué preciso, por lo tanto, darles caza a tiros, a palos y a pedradas; pero sólo después de encarnizados combates lograron los galienses desembarazarse de aquellos



huéspedes molestos, que proporcionaron con su carne suculentos banquetes.

Al fin, no quedaron más que un centenar de aves, que se refugiaron en los agujeros de la roca y a las que se dejó de perseguir.

Un día, oyóse gritar a Nina en demanda de socorro, y Pablo que conoció la voz de su amiguita, corrió en su auxilio.

—¿Qué te ocurre? — preguntó el chiquillo.

—Mira, me la quieren matar — respondió Nina, mostrando una paloma que tenía estrechada contra su pecho.

Ben-Zuf, que también había acudido en socorro de la niña y que con un palo había ahuyentado a media docena de gaviotas que revoloteaban en torno de ella, tomó la paloma y vió que tenía un pequeño saco colgado del cuello.

—¡Una paloma mensajera! — exclamó Ben-Zuf, y

se apresuró a llevarla a Servadac, que se encontraba en la sala principal de la caverna y al que no tardaron en rodear todos los compañeros.

—¡Noticias de nuestro sabio! — exclamó el capitán francés.

Y, abriendo el saquito que llevaba la paloma, se encontró dentro una nota que decía :

«Galia.

Camino recorrido desde el 1.º de marzo al 1.º de abril: 39.700.000 de leguas.

Distancia del Sol: 110.000.000 de leguas.

Al pasar se ha apoderado de Nerina.

Van a faltar los víveres.

Formentera.»

—¡Formentera! — exclamaron al mismo tiempo Héctor Servadac y el conde ruso.

Indudablemente, de la isla de Formentera, situada en el Mediterráneo y perteneciente al grupo de las Baleares, habían sido lanzadas las noticias que indicaban las posiciones sucesivas del fragmento del globo terráqueo, a que el sabio corresponsal anónimo había dado el nombre de Galia.

—Amigos míos — dijo Héctor Servadac después de leer la nota del sabio—, esto es un llamamiento supremo, una petición de socorro, puesto que anuncia que *van a faltar los víveres*, y es preciso acudir inmediatamente en auxilio de este desgraciado.

—Estoy dispuesto a ir con usted, capitán — repuso el conde Timascheff.

—Seguramente — agregó el capitán Procopio — la *Dobryna* ha pasado cerca de Formentera, cuando exploramos el sitio donde estuvieron las antiguas Baleares y, si no lo hemos visto, es porque allí, como en Jibraltar y como en Ceuta, sólo queda un estrecho islote de todo aquel archipiélago.

—De todos modos, lo encontraremos — repuso Servadac—. Formentera no debe distar de *Tierra Caliente* más de ciento veinte leguas, y, puesto que el mar no está libre, iremos a pie sobre el hielo.

—Marchemos, pues — dijo el conde Timascheff, que estaba siempre dispuesto a acudir en socorro del necesitado.

—Suponiendo que puedan ustedes andar veinte leguas por día — expuso el capitán Procopio—, necesitarán seis días para llegar a Formentera; pero, aunque llegaran antes forzando la marcha, ¿qué harán de los infelices que encuentren en el islote medio muertos de frío y de hambre? Tienen que llevar víveres para ustedes y para los que encuentren en Formentera.

—Llevaremos el saco a la espalda — replicó Servadac.

—El peso les retrasará la marcha; pero, vencida esta dificultad, ¿cómo van a transportar hasta aquí a los enfermos, si los hay?

—Dios nos ayudará — rehusó el conde Timascheff.

—Es indudable que Dios ayuda a los que en Él confían; pero los hombres deben hacer también cuanto humanamente les sea posible por vencer cuantos obstáculos les salgan al paso, para triunfar en sus empresas. En suma, propongo que habilitando el *yu-yu* de la *Dobryna* para trineo, vayan en él, que se deslizará perfectamente sobre el hielo.

—No tenemos perros que lo arrastren — objetó Servadac.

—Ni hacen falta, puesto que tenemos vela.

El conde ruso y el capitán francés felicitaron a Procopio por su iniciativa, e inmediatamente se empezaron a hacer los preparativos necesarios para la marcha.

El mecánico de la goleta agregó al *yu-yu* dos zapatas de hierro que, sosteniendo sus costados, formaron

dos patines sobre los cuales se pudiera deslizar, sobre todo con viento en popa.

Además, se le cubrió con una especie de techo de madera, forrado de tela fuerte para que abrigara, tanto a la ida como a la vuelta, a los viajeros.

Provisto de pieles, de víveres, de cordiales y de un hornillo portátil alimentado por espíritu de vino, era muy probable que el artefacto llegara en buenas condiciones al islote y pudiera conducir a *Tierra Caliente* a los que sobreviviesen en Formentera.

Al terminar el día el *yu-yu* estaba ya convertido en trineo y habilitado para partir.

Entonces, el capitán Procopio solicitó reemplazar al conde Timascheff y partir con Héctor Servadac.

El conde ruso se resistió a ser substituído, pero tanto insistieron Procopio y Servadac en su deseo de que permaneciera en *Tierra Caliente* para que impusiera su autoridad a los demás individuos de la colonia, que, al fin, tuvo que ceder.

Así, pues, el día 16, al salir el Sol, despidiéronse Héctor Servadac y Procopio de sus compañeros, que estaban vivamente emocionados, entraron en el trineo, desplegaron el velamen, que se componía de una canchreja y un foque, y lanzáronse sobre la inmensa llanura blanca con una temperatura de 25 grados centígrados bajo cero.

El vehículo, impulsado por el viento, emprendió la marcha, a una velocidad de doce leguas por hora.

El capitán Procopio, pasando la cabeza, envuelta en la capucha del capotón, por una abertura situada en la parte posterior del toldo, dirigió el *yu-yu*, por medio de la brújula, en línea recta a Formentera.

Los intrépidos viajeros, siempre con la misma velocidad, corrieron sobre la llanura helada durante todo el día y la noche que siguió, así es que cuando el Sol brilló de nuevo en el espacio, calcularon que habían andado cien leguas.

—Ya debemos estar cerca — dijo el capitán Servadac.

—Sí, cerca — asintió Procopio—, y sin embargo, nada se ve.

Ambos exploradores examinaron atentamente la blanca llanura y no vieron ni una sola roca que alterase la uniformidad de la inmensa planicie.

Disminuyeron la velocidad del *yu-yu* acortando las velas, y, arrostrando el viento frío, permanecieron de pie a proa, mirando con suma atención en todas direcciones.

Dos horas después, exclamó Héctor Servadac, tendiendo la mano hacia un punto del espacio :

—¡ Allí ! ¡ Allí !

Y mostró a Procopio una especie de caseta de madera que sobresalía sobre la línea circular trazada por el mar y el cielo.

—Sí — repuso el marino ruso, mirando con su anteojo—, es una armazón que ha debido servir para alguna operación geodésica.

El *yu-yu*, que se encontraba a seis kilómetros de distancia del punto señalado, marchó hacia éste con extraordinaria celeridad, hábilmente dirigido por Procopio.

Diez minutos después y a un kilómetro de distancia del pequeño islote, formado por un conjunto de rocas, sobre las que se alzaba la pequeña construcción de madera, el marino cerró la cangreja, porque el impulso adquirido bastaba para llevar hasta allí al *yu-yu*.

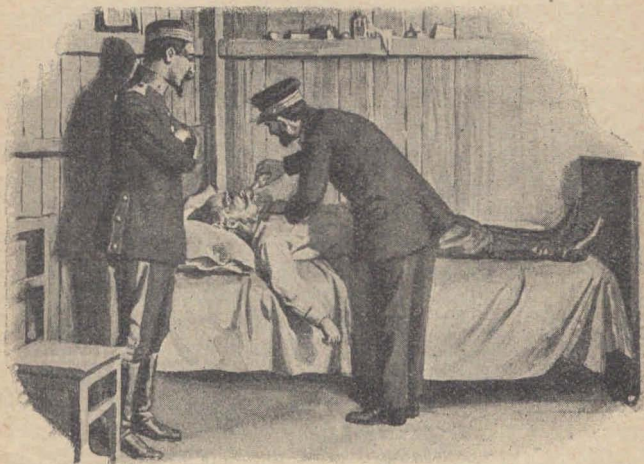
En la cima de la construcción, ondeaba al viento un pedazo de tela azul, único resto del pabellón de Francia.

Al fin, el *yu-yu* chocó contra las primeras rocas del islote, que no tenía medio kilómetro de circunferencia, y que era el único vestigio que quedaba del archipiélago de las Baleares.

Alzábase allí una miserable cabaña de madera, cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas.

Servadac y Procopio salieron del trineo, lanzáronse apresuradamente sobre las rocas, treparon por ellas y llegaron a la cabaña.

Como la puerta estaba atrancada interiormente,



...se inclinó sobre él y le introdujo en la boca algunas gotas de un enérgico cordial... (Pág. 78.)

Héctor Servadac la golpeó con fuerza ; pero no obtuvo respuesta alguna.

—¡ Aquí, compañero ! — gritó.

Y ambos, apoyando los hombros vigorosamente, echaron abajo la puerta carcomida.

Dentro de la cabaña, que no tenía más que un aposento, reinaban la obscuridad y el silencio más absolutos ; pero los exploradores abrieron la ventana y entró la luz.

Entonces vieron una cama que estaba en un rincón y, sobre ella, un cuerpo tendido en absoluta inmovilidad.

Era un hombre anciano.

Procopio se inclinó sobre él y le introdujo en la boca algunas gotas de un enérgico cordial, que en un frasco llevaba consigo.

Algunos instantes después, el anciano exhaló un suspiro y con voz sumamente débil murmuró:

—¡ Es Galia ! ¡ El cometa que yo he descubierto !

Y, dicho esto, el anciano volvió a sumirse en un gran sopor.

—¿ Dónde he visto yo a este hombre ? — se preguntó a sí mismo Héctor Servadac, sin acertar a responderse.

Poco rato después, el moribundo, sus instrumentos de Física y de Astronomía, su ropa, sus libros, sus papeles y una puerta vieja que le servía de encerado habían sido trasladados al *yu-yu*, que inmediatamente emprendió el viaje de regreso a *Tierra Caliente*.

El 19 de abril, el moribundo y los dos intrépidos exploradores fueron acogidos con alegría por los galienes, que los habían esperado con impaciencia.

El sabio no había vuelto a pronunciar una palabra ni aun a abrir los ojos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.ª parte).
58. Héctor Servadac (2.ª parte).
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.